Mons. Tihamer Toth

Tú eres Pedro

HISTORIA Y ACTUALIDAD DEL PONTIFICADO ROMANO

Monseñor Tihamér Tóth
OBISPO DE VESZPRÉM

“Tú eres Pedro”

HISTORIA Y ACTUALIDAD DEL PONTIFICADO ROMANO

1956

CENSURA ECLESIASTICA

Nihil obstat:
Dr. Vicente Serrano
Censor

IMPRIMATUR:
† JOSE MARIA.
Ob. Auxiliar y Vicario General
Madrid, 2 de marzo de 1956

ADVERTENCIA EDITORIAL

Defiriendo a los deseos de un entusiasta lector de las Obras de Monseñor Tóth, publicamos en este libro los capítulos IX-XIII que en *CREO EN LA IGLESIA* dedica Monseñor al estudio del Papado.

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO.....6
"TÚ ERES PEDRO".....6

CAPÍTULO II.....16
LA INFALIBILIDAD DEL PAPA.....16

CAPÍTULO III.....26
LA CORONA DE ESPINAS DEL PAPA.....26

CAPÍTULO IV.....37
EL PAPADO EN LA BALANZA DE LA HISTORIA.....37

Capítulo primero

"TÚ ERES PEDRO"

Nuestra Iglesia no se llama sencillamente "católica", sino "católica romana", es decir, de Roma, donde reside la cabeza visible de la Iglesia.

No voy a disertar, dirigiéndome a lectores católicos, sobre lo que el Papado significa para la Iglesia católica, la seguridad de fuerza, la unidad y firme orientación que le comunica.

Aun los que no comulgan con nuestra religión, con tal que sean hombres instruidos y miren con imparcialidad la historia, se ven obligados a reconocer en este trono incomparable, que cuenta ya con diecinueve centurias de existencia, el hecho más imponente de la historia universal.

Es un hecho único. Existe en medio de los pueblos, desde la época de Nerón, un trono que se yergue con firmeza inquebrantable, mientras que el furor de los tiempos y de la revolución ha hecho surgir y derrumbado pueblos y dinastías.

El Papado ha representado siempre una concepción del mundo que suscita la contradicción de los malos y exacerba sus ataques reconcentrados, y, no obstante, el Papado sigue en pie.

El Papado nunca ha contemporizado; nunca ha claudicado; nunca ha cedido en sus principios; no admitió jamás compromisos; y, no obstante, sigue en pie.

Está en pie, porque su fundador no era puro hombre, sino el Hijo de Dios, y señaló al Papado objetivos por los cuales ha de subsistir mientras haya un hombre sobre la tierra.

I. Fue realmente Cristo el fundador del Papado. II. Con qué fin lo fundó. Son las dos cuestiones que nos proponemos resolver en este capítulo. Porque solamente después de responder a esas cuestiones, podremos comprender: *III. El gran respeto que profesamos al Papa nosotros*, *los católicos.*

Según los planes de Jesucristo, la Iglesia tenía que ser una *"ciudad edificada sobre un monte*" (Mt 5, 14); por lo tanto, ha de ser una sociedad que descuelle, que sea visible a los ojos de todos..., y una iglesia visible necesita una cabeza visible. De suerte que no se puede imaginar la Iglesia de Cristo sin la autoridad papal.

A) Jesucristo la insinúa ya en la pesca de Genesaret; B) Lo promete a Pedro con motivo de la confesión de Cesárea, y C) Se lo otorga al mismo apóstol después de la Resurrección.

A) *El Señor aludió a la autoridad papal ya en la pesca de Genesaret,*

San Lucas describe, en el capítulo V de su Evangelio, la conversación extraordinariamente animada y sublime que tuvieren Jesucristo y San Pedro.

Es alba temprana. El Señor está a la orilla del lago de Genesaret. Tras Él, el pueblo que Le siguió, ansioso de escuchar su voz. Precisamente bajan entonces de una barca Pedro y sus compañeros, los otros pescadores, que van a lavar las redes.

Cristo sube a la barca de Pedro, y desde la barca se pone a predicar. Terminada su predicación, se dirige a Pedro: *"Guía mar adentro, y echad vuestras redes para pescar"* (Lc 5,4). Simón Pedro se extraña de este mandato. Él es perito en la materia: hace muchos años que es pescador; toda su familia y todos sus parientes tienen el oficio de pescador: jamás ha oído cosa semejante: ¡ir a pescar durante el día, y precisamente mar adentro!

Claro está, el Señor no ha nacido en esta región, en las riberas del lago, sino tierra adentro, allá en Belén; no es extraño si no sabe de estas cosas. Pero lo manda el Señor. Hay que hacerlo. Él sabe lo que quiere. *"Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos y nada hemos cogido*; *no obstante, sobre tu palabra echaré la red"* (Lc 5, 5).

Y Pedro echa las redes. Y se cogen tantos peces, que la red empieza a romperse. Se cogen tantos peces, que hay que llamar a otra barca que les ayude. Se cogen tantos peces, que las dos barcas se llenan hasta rebosar y casi hundirse.

Pedro se estremece. Se postra ante el Señor. "¡Oh, Señor mío! ¿Cómo he podido dudar siquiera un momento? Titubeaba, desconfiaba, no comprendía, no creía. No soy digno de que tú cuentes conmigo en tu gran

obra; no soy digno de ser el guía de tu rebaño. Aléjate de mí, Señor. Yo soy un hombre sencillo, débil, pescador. Tú necesitas un héroe."

Sobre el agua del silencioso lago pasan los ecos de la confesión emocionada de Pedro: en silencio la escuchan también los otros pescadores. El Señor se levanta, le mira en los ojos con mirada profunda y le dice:

"Pues te quiero precisamente a ti. Te he colocado junto al timón; te mandé ir mar adentro para que sintieras tu falta de seguridad, tu propia debilidad, y supieras en quién has de confiar, de quién has de implorar auxilio cuando tengas que hacer la gran pesca de hombres. Mira en torno tuyo. ¿Ves cuántos pescadores trabajan en este lago? ¿Sabes cuántos pescadores trabajan en el mar? ¡Y en todos los mares del mundo! Pero yo te consagro pescador siempre en acción mientras corren los siglos. *No tienes que temer: de hoy en adelante serán hombres lo que has de pescar* (Jn 5, 10), no por tus propias fuerzas, sino por mi virtud, que te confiero."

Ved el primer fundamento de esta institución, la más admirable que hay en la historia universal.

B) Lo que el Señor insinuó en esta ocasión, lo *prometió a Pedro con palabras clarísimas después de la confesión de Cesárea.*

Es de todos muy conocida la magnífica escena, que nos cuenta el Evangelio. Cerca de Cesárea, el Señor preguntó a sus discípulos por quién Le tenían los hombres. Los discípulos van expresando el sentir del pueblo. Algunos judíos creían que Jesús era Juan el Bautista resucitado; otros, que era Elías, esperado antes del advenimiento del Mesías; o también Jeremías, u otro cualquier profeta.

Entonces, Jesucristo hizo esta pregunta: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? ¡Vosotros, que conocéis todas mis palabras, todos mis actos!"

A esta pregunta se callan los apóstoles. Es Pedro quien toma la palabra por todos: *"Tú eres el Cristo, el Mijo de Dios vivo."*

Entonces fue cuando pronunció Jesucristo las palabras para siempre memorables: *"Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te ha revelado eso la carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos"* (Mt 16, 17-19).

¿Podía el Señor decirlo con mayor claridad?

Compara su Iglesia a un edificio; y pone a Pedro por piedra fundamental del mismo. El nombre verdadero de Pedro era Simón, y el nombre simbólico, Pedro —que significa "piedra", "roca"— se lo dio el Señor al encontrarse con él por vez primera (Jn 1, 42).

Es Pedro quien recibe las llaves del edificio, lo que vale tanto como decir que a él se le confiere pleno poder gubernamental con que pueda abrir o cerrar las mismas puertas del cielo, conforme a los méritos de los hombres. "Atar y desatar", en la fraseología judía, significa prohibir y permitir, condenar y absolver, dar leyes por lo tanto, ordenar, gobernar según la voluntad de Dios.

c) Esto que Jesucristo prometió a San Pedro *se lo otorgó realmente en aquel sublime diálogo, todo intimidad,* que tuvieron los dos después de la Resurrección.

Por tres veces pregunta el Señor a Pedro: *"¿Me amas?"* Y Pedro contesta con felicidad desbordante: *Señor, Tú lo sabes todo*: *Tú conoces bien que yo te amo.* Y le dice el Señor: *"Apacienta mis corderos" "Apacienta mis ovejas*" (Jn 21, 15-17). Es decir, te confío todos mis discípulos, todos mis fieles.

¿A quién no le sorprende? El Señor tenía un discípulo predilecto, San Juan, y no le hizo cabeza de la Iglesia. San Pablo, el futuro apóstol, era el más instruido de los apóstoles; tampoco fue encumbrado a tal dignidad. Como si Jesús quisiera significar que el fundamento de la Iglesia no sería la amistad, el parentesco, la ciencia humana, sino la protección vigilante de la omnipotencia divina. Quiso demostrar que el poder supremo, conferido al Papa, no depende del mérito personal de éste, de sus capacidades, de sus virtudes. Quiso demostrar que ni la más alta grandeza, ni la ciencia más insigne de hombre alguno bastarían para el gobierno de la Iglesia; y que las mezquindades, defectos y aun los mismos pecados que pudiera haber en los sucesores de Pedro no serían capaces de conmover la fuerza granítica del fundamento puesto por Jesucristo.

D) Después de mostrar los fundamentos del poder papal, fundamentos puestos por el mismo Cristo, no queda ya sino probar que *San Pedro lo ejerció en realidad.* De ello tenemos abundancia de datos.

Los tenemos clarísimos para probar que Pedro gobernaba la Iglesia, y ejercía ya su alto oficio en los primeros días después de la Ascensión, como cabeza de los apóstoles. Después dé la Ascensión de Cristo, y antes de la venida del Espíritu Santo, "*levantándose Pedro en medio de los*

hermanos" (*Hechos de los Apóstoles,* 1, 15.), ordena que se elija un nuevo apóstol para substituir al traidor Judas. Y desde entonces leemos diferentes veces en los "Hechos de las Apóstoles" (2, 14; 4, 8; 15, 7.) que Pedro, ocupando el primer puesto, pronuncia discursos en nombre de todos los apóstoles de los fieles, y da las órdenes correspondientes para gobernar la Iglesia.

El que desee conocer la actividad papal de San Pedro, lea los "Hechos de los Apóstoles", ¿Quién fue el primero que predicó y admitió prosélitos después de la Ascensión de Cristo? Pedro ¿Cuál de los apóstoles obró el primer milagro: la curación del cojo de nacimiento? Pedro ¿Quién excomulgó de la Iglesia al primer hereje, Simón el Mago? Pedro. ¿Quién visitó por vez primera las iglesias de Palestina? ¿Quién admitió al primer pagano en la Iglesia, al centurión Cornelio? ¿Quien presidió el primer concilio apostólico? Pedro.

El curso de este primer concilio es muy interesante. Ni siquiera la palabra de un Pablo y de un Bernabé pusieron fin a la discusión; ésta tuvo que ser fallada por Pedro.

Hubo diferencia de criterios respecto de la conversión de los paganos. A los paganos que se convirtiesen ¿había que obligarlos antes a abrazar el judaísmo para después admitirlos en la iglesia, o se los podía bautizar sin más? Tal fue la cuestión tan discutida en el primer concilio de Jerusalén. *"Después de un maduro examen Pedro se levantó*" (Hechos 16, 7) —dicen los "Hechos de los Apóstoles"— y *"calló a esto toda la multitud*" (Hechos 15, 12).

Y se comprende. Se comprende que desde entonces se hayan unido tan íntimamente la Iglesia y Pedro; porque si Pedro es la piedra fundamental, entonces el edificio sólo podrá subsistir sobre el fundamento; y la Iglesia de Cristo no podrá estar donde no esté Pedro.

Esta verdad fue explícitamente confesada por los cristianos del siglo III. Ya entonces escribió San Cipriano:

"Así como todos los rayos parten de un mismo sol, y todas las ramas brotan de un mismo tronco, así también están unidas a la Iglesia todas las comunidades diseminadas por el mundo."

<u>¿Con qué fin fundó Cristo el Papado?</u>

No nos basta saber que fue realmente Cristo quien fundó el Papado. Nuestro gran respeto al Papa sólo se explica si sabemos el fin que proseguía Cristo con el Papado. ¿Por qué lo fundó? ¿Cuáles son los oficios confiados por Cristo al Papa?

A) *En primer lugar, el Papa debe ser el primer maestro en la Iglesia.* Cristo quiso que su Iglesia fuese *"columna y apoyo de la verdad"* (1 Tim 3, 15), pregonera de la fe no adulterada. Y Pedro recibió la promesa de ser él a quien dijo el Señor: *"Simón, Simón, mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo. Mas yo he rogado por ti a fin de que tu fe no perezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos"* (Lc 22, 31-32). ¡Qué promesa sublime y conmovedora! El Señor ruega por Pedro, para que su fe no mengüe, para que siempre sea tan fuerte que pueda confirmar la fe de la Iglesia.

¿Qué es, por tanto, el Papa en la Iglesia? *El que asegura la unidad de la fe.* Y fue precisamente esta unidad lo que el Señor acariciaba con ardoroso deseo.

Por ella rogó tan insistentemente en la Ultima Cena. No rogó solamente por sus apóstoles, sino también por todos los que habían de creer en él, para que *"todos sean una misma cosa; y que como Tú, ¡oh Padre!, estás en Mí, y yo en Ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros*" (Jn 17, 21).

Si este ardoroso deseo del Señor, la unidad —unidad en la fe, unidad en los sacramentos, unidad en la Cabeza— se ha realizado de un modo tan magnífico en la religión católica, es mérito principal del Papado, que de continuo vigila, orienta e impone disciplina. Por otra parte, si la fe de las confesiones desgajadas del catolicismo ha venido esfumándose sin esperanza y se ha deshecho en tesis contradictorias de trescientas confesiones existentes en la actualidad, ello tiene su causa principal en que ésta se han apartado del fundamento, del Papa, que es la piedra sobre la cual se apoya la unidad.

B) Pero el oficio de Pedro no es tan sólo enseñar, sino también gobernar a la Iglesia.

A San Pedro es a quien dijo el Señor*: "Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos"* (Mt 16, 19).

Y fue también a Pedro a quien le dijo: *"Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas."* Pedro, por tanto, no es solamente el maestro de la Iglesia, sino también su guardián principal, su jefe, su gobernador, su cabeza.

Allí donde viven juntas unas cuantas personas es necesario que haya un presidente, un jefe, un director, un gobernador, una cabeza. ¿No se

necesita un poder independiente, soberano, para gobernar a los 360 millones de católicos y mantener entre todos ellos la unidad? Por esto el Papa es supremo legislador de la Iglesia y tiene el supremo poder ejecutivo.

¿Qué es el Papa en la Iglesia? *La apoteosis perenne del principio de autoridad.* Quien haya vivido tiempos revolucionarios no necesita de ulterior explicación para ver el peligro fatal que supone la falta de autoridad, la crisis del poder orientador, que exige una obediencia incondicional. ¡Qué gratitud debemos al Señor por no haber permitido que su enseñanza, su santa herencia, fuese víctima de variadísimas explicaciones particulares, y que cada cual la expusiera según su propio criterio: por haberla confiado, para este fin, al Papa, dándole poderes de mandar incondicionalmente, y pronunciar la última y decisiva palabra! Digamos, pues, con San Pablo: *"No nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones humanas, por la malignidad de los hombres que engañaban con astucia para introducir el error*" (Ef 4, 14).

Así llegaron los Papas a ser *los guardianes supremos* del orden moral y social. Empezando por las cartas del primer Papa, San Pedro, y llegando hasta las últimas encíclicas, vemos que únicamente los Papas se atrevieron a defender con tesón y valentía las grandes verdades morales y sociales, que caóticas opiniones particulares, sofismas y peligrosas corrientes de las diferentes épocas tanto hicieron palidecer. Baste citar la Encíclica "Rerum Novarum" de León XIII, en que se llamó por vez primera la atención del mundo sobre la importancia de la cuestión social; las manifestaciones valientes de Benedicto XV a favor de la paz durante la guerra mundial, o las magníficas Encíclicas de Pío XI defendiendo la pureza del matrimonio —"Casti connubii"— y la justicia social— "Quadragesimo anno".

C) En tercer lugar, el Papa no es solamente maestro y gobernador de la Iglesia, *sino también su Pontífice supremo,* de cuyas manos brota y en cuyas manos se junta todo el poder sacerdotal. ¿Quiénes son los sacerdotes de la Iglesia? Los consagrados por los obispos. ¿Quiénes son los obispos? Los escogidos para tal dignidad por el Papa. De suerte que todo sacerdote y todo obispo católico reciben el poder sacerdotal del Supremo Pontífice, del Papa, quien a su vez recibió su misión del mismo Jesucristo: *"apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas."*

Quien medita cuanto llevamos expuesto referente al Papa, es decir, que es el supremo maestro, el supremo gobernador y pontifico de la Iglesia; quien sabe que el Papa es Vicario visible de Jesucristo en la tierra, y aún más, según la bella expresión de Santa Catalina de Sena, es "*dolce Cristo in terra",* el "dulce Cristo en la tierra", comprende —y sólo así puede comprenderlo— *el entusiasmo sin límites, respeto y adhesión filiales* que sienten los fieles católicos por aquél que es la cabeza visible de la Iglesia.

A) *Efectivamente; los fieles católicos tuvieron siempre por característica este respeto y adhesión filial al Papa.* No vemos en el Papa a un rey en el sentido terreno, sino al Padre de una inmensa familia; Padre que ama de igual manera a todos los hijos y que ejerce siempre su poder de gobierno para bien de todos. Por esto le damos el nombre tan tierno e íntimo de "Padre Santo". Sólo así comprendemos aquella costumbre —tan extraña, al parecer, en los primeros momentos— que tienen los peregrinos, al visitar la Basílica de San Pedro, de besar el pie de la estatua de bronce del apóstol, hecha en el siglo VI. Sus dedos —¡dedos de bronce!— se han gastado por los innumerables y ardorosos besos que fueron depositados allí durante catorce siglos. Pero, ¿es la estatua de bronce la que nosotros honramos? ¿Quién se atreverá a decirlo? ¿Es que, por ventura, queremos honrar al Papa? Sí: queremos honrar al Papa; pero, mediante él, ¡a Jesucristo!

B) Y vednos aquí tocando ya otro punto: ¿No es justa la acusación que acá y acullá se nos lanza de que nosotros, en vez de honrar a Cristo, honramos al Papa, y que *nuestro respeto al Papa mengua y pone en inminente peligro el culto de Cristo?*

Antes de contestar hemos de ver con toda claridad un hecho: todo nuestro respeto y entusiasmo por el Papa se arraiga en esta doctrina: *el Papa es Vicario de Cristo,* y *Cristo es el Hijo de Dios.* Y al honrar al Papa, honramos a Jesucristo, a quien el Papa representa y sin el cual el Papa nada significaría.

De modo que no es verdad que el Papa nos aleje de Cristo. Todo lo contrario: *Nos conduce a Él.* Si Cristo no es el Hijo de Dios, no se comprende cómo un sencillo judío, por muy fervorosa que fuese su vida, hombre modesto, al fin, de un pueblo insignificante, pudo lograr una transformación mundial tal como está obrando hace ya mil novecientos años el cristianismo. Pero hay más. Sabemos que este hombre dijo cierto

día a uno de sus discípulos, un pobre pescador, sencillo y sin letras: *"Tú eres Pedro,* y*... sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella"* (Mt 16, 18). Esto dijo; y lo admirable no es que lo dijese, sino que sus palabras se hayan cumplido y sigan cumpliéndose al pie de la letra.

Si Cristo es puro hombre, ¿cómo explicar semejante institución? Si es Dios, todo nuestro respeto y entusiasmo por el Papa, su Vicario, son legítimos.

Aunque San Pedro sintió el peso de la dignidad que le fue conferida por Jesucristo, no le deslumbró tal dignidad, como lo demuestran diferentes pasajes de sus Cartas. ¡Con qué humildes palabras empieza su primera Carta: *"Pedro, apóstol de Jesucristo"!* (1 Ped 1, 1). No dice que su trabajo haya rescatado el mundo, sino *"la sangre preciosa de Cristo como de un cordero inmaculado* y *sin tacha"* (1 Ped 1, 19), *"por cuyas llagas fuisteis vosotros sanados"* (1 Ped 2, 24), dice en otra parte. Realmente, no hemos de temer que Pedro cause daño a los intereses de Jesucristo.

Ni tampoco los sucesores de Pedro. Por muchos prejuicios que existan contra el Papado y se descubran en los Papas —hombres al fin— defectos y mezquindades, no podrá negarse que el fin último de su labor dos veces milenaria ha sido siempre el extender el Reino de Jesucristo y defender sus santos intereses. Si la Iglesia católica hoy día se encuentra tan extendida por todo el orbe, y aun en medio del desvarío caótico de pueblos, razas, lenguas y épocas conserva su unidad, esto se debe en primer lugar al esfuerzo y a la acción del Papa, Cabeza de la Iglesia.

* * *

¿Qué mundial acontecimiento despierta tanto interés como el hecho de proceder la Iglesia a la elección de un nuevo Papa? Los cardenales se dirigen a Roma; pero, al mismo tiempo, asaltan la ciudad eterna gran número de periodistas que llegan de las partes del mundo, aún las más alejadas, *y* que asedian con nerviosa excitación los centros telefónicos y telegráficos de la ciudad eterna. La Basílica de San Pedro se abre para dar cabida a una ingente muchedumbre, trémula de emoción y en ansiosa expectativa. Como en el día del primer Pentecostés, se oye por todas partes el acento de todos los idiomas. Van pasando las horas. Cada vez más tensa la expectación, todas las miradas se fijan ansiosamente en una de las chimeneas del Vaticano. ¿Sale humo por ella? ¿Es blanco o es negro? Porque si la votación fue sin resultado, juntamente con las cédulas de los

votos, se quema paja, y, por el humo negro de la paja, saben los espectadores que ¡no hay Papa todavía! Pero la gente allí sigue durante horas, durante días, siempre observando... humo negro, humo negro..., hasta que por fin una tenue columnilla de humo blanco sale por la chimenea. ¡Ha resultado la votación!

Entonces se desborda el júbilo de la muchedumbre, que rompe en gritos de entusiasmo triunfal: *"Evviva il Papa! ¡Viva el Papa! Vive le Pape! Hoch der Papst! Éljen a Pápa!..."* Y sale un cardenal al balcón, y se oyen de nuevo las palabras que pronunciaron por primera vez en la noche de Navidad los ángeles: "*Anuntio vobis gaudium magnum... Habemus Papam",* "Vengó a daros una nueva de grandísimo gozo: tenemos Papa..." Y la muchedumbre clama jubilosamente; y trabajan las oficinas de correos; y también trabajan las redacciones de los periódicos, acaso más que después de una gran batalla. La noticia se esparce por todo el mundo: *"Habemus Papam!", "¡Tenemos Papa!"* Sí: todo el mundo se interesa... por amor o por odio, ¿quién sabe?

Pero no es verdad que nosotros adoremos y divinicemos al Papa; no es verdad que en él veamos a un ser sobrehumano. No. Él también es hombre; mortal y frágil como nosotros. Pero un hombre, a quien Jesucristo constituyó Cabeza de la Iglesia en su lugar para que mejor se avive en nosotros, con seguridad y eficacia, el amor a la Cabeza invisible, a Cristo nuestro Señor.

"—Sígueme" (Jn 21, 19)—dijo en cierta ocasión el Señor a Pedro, y éste le siguió al instante. "—Seguidme"—dice Pedro desde entonces, y tras él nos lo van repitiendo los sucesores de Pedro. *Y el que sigue a Pedro puede estar tranquilo de que sigue al Señor.*

"Apacienta mis ovejas" —dijo el Señor a Pedro. Y Pedro desde entonces apacienta la grey de Cristo. *Y el que está en la grey de Pedro puede estar tranquilo de que sigue al Señor.*

"Te haré pescador de hombres" —dijo el Señor a Pedro. Y Pedro, desde entonces, hace ya diecinueve siglos que está pescando en el nombre del Señor. *Y el que entra en sus redes puede estar tranquilo de que está en las manos del Señor.*

Capítulo II

LA INFALIBILIDAD DEL PAPA

Acabamos de estudiar en el pasado capítulo el triple fin del Papado. Como Jesucristo confirió a San Pedro y a todos sus sucesores el supremo poder de la Iglesia; poder supremo de magisterio, de gobierno y sacerdotal; es decir, como puso en las manos del Pontífice de Roma los destinos de la Iglesia.

Más, para esta misión sobre las fuerzas del hombre, necesita el Papa una ayuda del todo sobrenatural y sobrehumana. Porque, si el Papa no tuviese la asistencia del Espíritu Santo, si, al indicar a la Iglesia de Cristo los caminos del dogma y de la moral, pudiese errar, entonces sería imposible el evitar del todo que en el cuerpo de la Iglesia no se abriesen llagas, que un día u otro le causarían la muerte.

Pero Cristo dice que su Iglesia ha de permanecer hasta el fin del mundo. Ni "las puertas del infierno" han de prevalecer contra ella. La Iglesia de Jesucristo ha de subsistir mientras viva en la tierra un hombre a quien pueda comunicar los tesoros de la Redención.

Por lo tanto, si la Iglesia de Cristo no ha de terminar ni ha de equivocarse, lo mismo debemos decir respecto de su Cabeza. Que si falla o se engaña el timonel, por fuerza ha de perecer la nave entre los escollos. El timonel de la iglesia, que es el Papa, sucesor de Pedro, ha de ser infalible en las cuestiones de moral y de fe.

¡La infalibilidad del Papa! He aquí un dogma que con harta frecuencia se ve expuesto a los ataques de hombres frívolos. "¿Qué habéis hecho del Papa? —nos dicen—. ¿Le queréis elevar a la categoría de un Dios? ¡Es una cosa inaudita! ¡Afirmar de un hombre que es infalible!..."

Sin embargo, quien lo medite con serenidad, en vez de escandalizarse de que Jesucristo haya otorgado la infalibilidad al Papa en cuestiones de fe y de moral, sentirá por ello gratitud y hasta orgullo.

Contra ese escándalo farisaico de los hombres frívolos queremos explicar estos tres puntos: *I. La infalibilidad del Papa es realmente don de*

Jesucristo; II. Corresponde al fin de la Iglesia, y III. Que es lo que no entra en el concepto de infalibilidad.

La infalibilidad es don de Cristo

El dogma de la infalibilidad significa que cuando el Papa, maestro supremo de la cristiandad, habla oficialmente a toda la Iglesia, imponiéndole su juicio en cuestiones de fe y moral, no puede errar. Tal atributo va tan íntimamente unido con la misión del Papado, que, si faltara, sentiríamos la falta de una fuerza esencial entre las energías que han de triunfar ciertamente sobre las puertas del infierno. Pero sabemos, porque así lo dijo Jesucristo, que esta fuerza existe.

A) Es ya de grandísimo interés aquel pasaje consignado en el Evangelio sobre el *primer encuentro de Jesucristo con Pedro.* Tal hecho tuvo lugar en los principios de la actividad pública del Redentor. El Señor se dirigió a San Juan Bautista, y éste, al verle, exclamó con entusiasmo: *"He aquí el Cordero de Dios"* (Jn 1, 36). Con el Bautista se encontraban dos de sus discípulos: Andrés y Juan, que más tarde iban a ser apóstoles y que entonces pudieron ver al Señor, y se entusiasmaron. Andrés, fuera de sí, corrió a llevar a su hermano. Simón Pedro, esta noticia: *"Hemos hallado al Mesías"* (Jn 1, 41). Sus palabras conmovieron a Pedro. "¿Cómo? ¿Habéis hallado al Mesías? ¿Dónde está?"..., y Pedro fue con su hermano a visitar a Jesús.

Hay algo muy digno de atención en este relato del Evangelio. Cuando los dos discípulos del Bautista, Andrés y Juan, fueron a ver a Jesús, nada de especial consigna el Evangelio. Y, sin embargo, ciertamente que Jesús miraría con profundo amor los ojos puros, virginales, de San Juan, cuya mirada se había de posar un día sobre el divino cuerpo pendiente de la cruz. También miraría con amor profundo los ojos de Andrés, llenos de ardor y de entusiasmo, y que un día habrían de cerrarse para siempre en el suplicio de la cruz por amor a su Maestro. Sin embargo, nada dice el Evangelio de estas miradas profundas de Jesús.

Mas ahora, cuando es Simón el que viene a verle, consigna explícitamente el Evangelio: *"Intuitus autem eum Iesus":* "Jesús fijó los ojos en él". Las palabras del texto latino, como las del texto griego, significan una mirada penetrante que llega hasta el fondo del alma. No es "aspexit", ni "vidit", sino "intuitus". El Señor miró profundamente en el alma de Simón, y le dio un nuevo nombre: *"Tú eres Simón, hijo de Joná: Tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro, o piedra*" (Jn 1, 42).

¡Cristo da a Simón un nuevo nombre! Y cuando Dios pone un nombre, es que da las cualidades que son necesarias para realizarlo. Los hombres no somos capaces de semejante cosa. Podemos llamar Blanca a una persona que nunca lo será; Rosa, y no ser bella; Constancia, sin tener ni de lejos esta cualidad. Esto no pasa con Dios. Si a Abram le dio el nombre de Abraham, hizo que en él se cumpliese el significado de este nombre: que se trocase en padre de todos los creyentes, padre del pueblo hebreo. Y si a Simón quiso darle este nombre de "Pedro", es decir, "Piedra", es que entonces le dio la fuerza que necesitaba para ser piedra, para ser roca. "¡Tú serás la piedra!" ¿Puede conmoverse el fundamento de la piedra? Si el fundamento fuese débil, se derrumbaría el edificio.

"Intuitus eum Iesus", el Señor "fijó los ojos en Pedro", más que Miguel Angel cuando clavó su mirada sobre el ingente bloque de mármol del que sacó su "Moisés". Esta profunda y penetrante mirada de Jesucristo fue el primer martillazo que dio a la estatua de este Moisés del Nuevo Testamento. Porque Pedro había de ser como Moisés, el que, sin desviarse del camino recto, condujera por los desiertos de la vida al pueblo de la Nueva Ley.

Se cuenta que al terminar Miguel Angel su magnífica estatua y verla tan sublime, se enardeció, y cogiendo el martillo dio un golpe en la rodilla de la estatua, diciendo: *"¡Parla, Mose!",* "¡Habla, Moisés!". La magnífica estatua, a pesar de la vida que aparentaba, no pudo hablar. El Señor triunfó de veras en su "Moisés". Dijo a Pedro: "¡Habla, Pedro!", y ha venido diciendo: "¡Habla, Lino!", "¡Habla, Cleto!", "¡Habla, Benedicto!", "¡Habla, Pío!"..., y ellos hablan y enseñan y muestran el camino, y son infalibles, porque siguen siendo la "piedra", la roca firme de la Iglesia.

B) Después de su primer encuentro con Jesús, Pedro debió reflexionar mucho probablemente sobre las intenciones del Señor al darle un nombre tan inesperado. Cristo no quiso por entonces darle la explicación. Dejó que el alma del Apóstol madurase. Esperó dos años.

Y un día, pasados ya los dos años, en una conversación habida cerca de Cesárea, preguntó Jesús a sus discípulos qué pensaban de El los hombres. Ellos, contestaron: "Unos creen que eres Elías; otros dicen que Juan el Bautista, o quizá otro profeta." "—Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" —les preguntó el Señor. En nombre de todos contestó Pedro, y esta contestación de Pedro fue recompensada por estas palabras del Señor: *"Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te*

daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos" (Mt 16, 18-19).

Entonces comprendió Pedro aquel nombre recibido dos años antes de labios del Señor. Y comprendemos también nosotros la relación existente: "Tú eres Simón; tú serás llamado Cefas"; "Tú eres Joaquín Pecci; tú serás llamado León XIII"; "Tú eres José Sarto; tú serás llamado Pío X"; "Tú eres della Chiesa; tú serás llamado Benedicto XV"; Tú eres Aquiles Ratti; tú serás llamado Pío XI"; "Tú eres Eugenio Pacelli; tú serás llamado Pío XII". Y "las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, cuya piedra fundamental serás tú". "Si pudieras errar, por cierto prevalecerían; pero no prevalecerán porque ¡no errarás!"

Y "lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos". —"Si pudieras equivocarte, si enseñaras una doctrina falsa, si atases a los hombres con mandatos erróneos, entonces el mismo Dios ratificaría un error; pero ¡no errarás!"

Y "lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos". —"Si pudieras errar y desatar equivocadamente en materia de fe y de moral, entonces el mismo Dios tendría que ratificar tu equivocación; pero ¡no errarás!"

C) Añádanse las palabras que el Señor dirigió a San Pedro después de la Resurrección: *"Apacienta mis corderos"* (Jn 21, 15). *"Apacienta mis ovejas*" (Jn 21, 17).

Es la investidura solemne del supremo poder pastoral. Apacentar significa guiar. "Apacienta", es decir, "guía por el camino recto; te los confío a ti para que no se descarríen". —"Si tú mismo pudieras desviarte, ellos se descarriarían; pero ¡no te desviarás!"

Si el pastor se pierde, ¿qué será de las ovejas? Si el Papa se equivocara al enseñar cuestiones de fe y de moral, ¿cómo podrían realizarse las palabras de San Pablo, que aseguran ser la Iglesia *"columna y apoyo de la verdad?"* (I Tm 3, 5).

D) Si aún quedase alguna duda respecto de si Cristo quiso o no conferir la infalibilidad al Papa, la disiparían por completo otras palabras del Señor, claras y terminantes:

"Simón, Simón..." —dijo Cristo mirando a Pedro.

¿Qué nueva promesa va a ser ésta, que así comienza? ¿Por ventura el que jamás se verá expuesto a la tentación? ¿Es que va a prometerle una

vida siempre triunfal y gozosa en este mundo? No; nada de eso, porque precisamente le dice:

"Simón, Simón; mira que Satanás va tras vosotros para zarandearos, como el trigo" (Lc 22, 31). —No; el Señor no quiso eximir de trabajos y tentaciones ni siquiera a los apóstoles.

¿Pero cuando menos le prometerá, ya que le constituyó roca firme, que él, aunque vengan las tentaciones, jamás pecará? Tampoco, porque precisamente le dice:

"Cuando te conviertas, confirma a tus hermanos." ¿Qué quiere decir esto sino que también tú caerás?

¿Cuál es, pues, la promesa que se hace a Pedro?

"Simón, Simón; mira que Satanás va tras vosotros para zarandearos, como el trigo. Mas yo he rogado por ti, a fin de que tu fe no perezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos" (Lc 22, 31-32). Yo he rogado para que tu fe no perezca. Para que tu fe permanezca tan recta y verdadera que, aun cuando tú mismo llegares a caer, puedas confirmar en esta fe recta y verdadera a tus hermanos. Y es, ¿qué es, en fin de cuentas, sino la promesa clara y terminante de la infalibilidad pontificia, hecha por Jesucristo a San Pedro, el primero de los Papas?

La infalibilidad se deriva también del mismo fin de la Iglesia

Al examinar la misión confiada por el Señor a su Iglesia, hemos de afirmar que esta misma misión y el fin mismo de la Iglesia exigen la infalibilidad del Papa. La exigen: A), así la pureza de la fe; B), como la unidad de la misma.

A) *La pureza de la fe exige la infalibilidad del Papa*. ¿De qué habría servido el vivir Cristo en la tierra, enseñarnos el conocimiento de Dios y su adoración, morir por nosotros y alcanzarnos la gracia redentora, si pudieran ser adulteradas sus divinas enseñanzas en el correr de los siglos, añadiendo los hombres o quitando cuanto les agradase, es decir, si no hubiese concedido a Pedro y a sus sucesores el don de preservarles de todo error en cuestiones de fe y de moral?

La pureza de la fe reclama que el magisterio viviente de la Iglesia y su Cabeza estén exentos de la posibilidad de errar, y que, al definir algo como enseñanza de Cristo, no quepa en ello ni la más ligera sombra de incertidumbre.

El mundo católico sabe muy bien que Pedro y sus sucesores son maestros infalibles de la fe. Por lo tanto, todas las veces que se dudó si algún punto estaba o no en consonancia con la doctrina del Evangelio, los sabios y doctores más eximios de la Iglesia acudieron a Roma. Esto ocurrió en Corinto, aún en vida de San Juan Apóstol. Los fieles no acudieron al Apóstol San Juan, que allí cerca vivía, en Éfeso, para que fallara el asunto, sino al sucesor de San Pedro, que tenía su sede en Roma, mucho más lejos. Acudieron al Obispo romano San Clemente. Y es que sabían que el divino Maestro había orado por Pedro y sus sucesores para que se viesen libres de todo error al explicar y propagar su doctrina.

B) *También la unidad de la fe reclama la infalibilidad del Papa.* Si Cristo quiso que su doctrina durase hasta el fin del mundo, fue menester fundar este magisterio infalible. Porque ¿de qué habría servido toda la Sagrada Escritura sin una autoridad oficial que la explicase? Bien se ve, y de un modo doloroso por cierto, en la lucha de las trescientas confesiones hoy día existentes, que se apoyan todas en la Sagrada Escritura para sostener su doctrina, y todas exponen de diferente manera un mismo pasaje de la Biblia.

Para conservar la unidad de la fe, es absolutamente necesario que haya un tribunal cuyo fallo sea inapelable. ¿Pero quién ha de ser este juez infalible? ¿Un obispo? No. Hubo obispos eximios que erraron y hubieron de ser amonestados por el Papa. ¿El conjunto de todos los obispos? Tampoco; porque si los individuos no son infalibles, no puede serlo el conjunto. Por otra parte, huelga hacer constar que no era conveniente fundar la Iglesia de esta manera, aun por razones de orden meramente práctico. ¿Cómo fuera posible el convocar a los obispos de todo el mundo cuantas veces se requiriese su fallo inapelable ante el error o contumacia de un individuo? Sólo queda, pues, como única y suprema instancia, la del Papa, infalible e inapelable.

¡Qué alegría y tranquilidad al pensar que es el Papa infalible quien tiene en sus manos el gobierno de la Iglesia! No solemos pensar en semejante cosa; nos hemos acostumbrado a bogar tranquilamente en la nave de la Iglesia con rumbo a la vida eterna, sin acordarnos, más que de tarde en tarde, de la gratitud inmensa que debemos al timonel vigoroso que con tanto cuidado y con tanto amor la gobierna.

Bien podemos afirmarlo nosotros, cuando lo dijo hasta el mismo padre de la filosofía positivista, Augusto Comte: “La infalibilidad del

Papa, que con tanta hiel se escupió en el rostro del catolicismo, significa un grado altísimo del progreso en el campo intelectual y social" ([1]).

Lo que no significa la infalibilidad del Papa

Siento que algunos quisieran interrumpirme en este punto para exponer las objeciones que han oído o leído respecto de la infalibilidad del Papa.

Difícilmente pudiéramos enumerar la gran cantidad de errores que se propalaron con relación a este dogma, y el sinnúmero de personas que tienen grandísimas dificultades en aceptarlo, por imaginarse, encerradas en este dogma, muchas cosas absurdas que la Iglesia no ha enseñado jamás.

Oigamos lo que muchos dicen respecto de esta cuestión:

A) "Todo lo expuesto es verdad. Ha de ser así. Yo no lo dudo. *Pero no puedo creer que el papa sea infalible en todo*..."

Pero ¿dónde enseña eso la Iglesia? ¿Dónde enseña que el Papa sea infalible *en todo?* Lo es solamente en cuestiones de fe y de moral; y aun en éstas no lo es cuando expresa su opinión como hombre particular, sino solamente al imponer el dogma a toda la Iglesia, de un modo oficial, como Cabeza del Cristianismo. Entonces, y sólo entonces, es infalible.

Supongamos, por ejemplo, que es elegido Papa un gran matemático, y que un día llega un profesor eximio de matemáticas, y le dice: "¡Padre Santo! Hace años que me atormenta este problema, que al fin me parece ya tener resuelto. ¿Quiere Vuestra Santidad examinarlo y decirme si está bien la solución?" El Papa lo examina, y dice, después de unos momentos: "Está bien." ¿Está bien, realmente, la solución porque así lo ha declarado el "Papa infalible"? Ni mucho menos. ¿Por qué? Porque Jesucristo no le confirió *esta clase de infalibilidad.* Y ¿por qué no se la confirió? Porque no atañe a la salud de los hombres ni es necesaria para la salvación.

Otro ejemplo. Pío XI, antes de ser elegido Papa, fue sabio bibliotecario de la grandiosa Biblioteca Ambrosiana de Milán. Supongamos que un historiador se hubiese dirigido a él con un manuscrito antiguo: "Padre Santo, he tenido la suerte de encontrar este manuscrito, de extraordinaria importancia. Pero no sé con certeza si es auténtico o falsificado." El Papa lo examina, y dice después de unos minutos: "El documento es auténtico." ¿Lo es, realmente, porque así lo ha declarado el Papa? De ninguna manera. ¿Por qué? Porque Cristo no le concedió *esta*

[1] A. COMTE.: *Cours de Phiiosophie positive,* V. LV Leçon.

infalibilidad. Si el Pana no sabe- contar bien, ello no influye en la salvación de los fieles. Si se engaña en algún punto de la historia, no importa. Pero sí influye en las cuestiones de fe y de moral; *en éstas no puede errar.* Y, con todo, aun en éstas hay que añadir: no puede errar cuando, como cabeza de la Iglesia, pronuncia un fallo de carácter obligatorio y general.

B) Otra objeción. Algunos no consideran justo que, a vueltas de su infalibilidad, *pueda ser el Papa levantado a tina gloria más que humana*. Casi *deja de ser hombre; y* aún más —dicen—, "está seguro de su propia salvación eterna, porque si es infalible, *¡no puede ya pecar!"* Estos cargos no se pueden sostener.

a) *¿La dignidad sobrehumana del Papa?* En la ceremonia de la coronación el Papa entra, realmente, con una procesión brillante en la Basílica de San Pedro. Pero el maestro de ceremonias hace detener la marcha, y, encendiendo un manojo de estopa, se dirige al Papa con estas palabras: "Padre santísimo, así pasa la gloria del mundo." Pasará también la tuya... Y, con todo, eres infalible, porque las dos cosas no están en contradicción.

b) *¿El Papa deja de ser hombre?* El martes de carnaval suelen celebrarse las famosas fiestas italianas. Al día siguiente las iglesias están repletas de fieles que se hacen imponer la ceniza. En la capilla del Vaticano un sacerdote revestido de blanco está arrodillado delante del altar; otro sacerdote baja del mismo; el Papa recibe la ceniza en la frente, inclina la cabeza; la ceniza se desliza por la blanca sotana.... y entonces la Iglesia pronuncia sobre él las mismas palabras que pronuncia sobre millones de fieles: "Acuérdate, oh hombre, de que eres polvo y en polvo te has de convertir." Tú también, Santísimo Padre, habrás de convertirse en polvo... Y, con todo, eres infalible.

c) *¿Que el Papa no puede pecar?* Tampoco significa esto la infalibilidad. No puede equivocarse al enseñar cuestiones de fe y de moral; pero puede desviarse y tropezar en su propia vida moral. Las debilidades de la naturaleza humana subsisten también en los Papas; también ellos pueden pecar, y —por desgracia— la historia ha consignado algunas tristes caídas. Cristo, que tuvo un Judas entre sus apóstoles, no ha resuelto tampoco que todos los Papas fuesen santos. Sí; los hubo fervorosos y santos, más que en cualquier familia real; pero —por desgracia— hubo también algunos pecadores. Y no hay Papa que se atreva a acercarse al altar sin pronunciar antes, como los demás celebrantes: "Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa."

Un día de cada semana, cuando el sol envía sus últimos rayos a las ventanas del Vaticano, se levanta un sacerdote vestido de blanco que estaba sentado cabe un escritorio. Pasa por los corredores silenciosos y toca en una puerta. Allí se levanta otro sacerdote sencillo, modesto, para servirle. "Deseo confesarme", dice el primero, y se arrodilla en el confesionario. Después de unos minutos, sobre el Papa, que está de rodillas, sobre el Papa, que se ha confesado, suenan las palabras de la absolución: *Yo te absuelvo*... ¿De modo que el Papa también se confiesa? ¡Sí! ¿El Papa infalible puede ser pecador? Sí: puede serlo, porque la infalibilidad no significa impecabilidad.

Así, pues, nosotros no hacemos del Papa un "ser sobrehumano"; el Papa no deja de ser "hombre mortal, débil y frágil", aunque creamos y confesemos que lo que él enseña lo ensena Cristo; que lo que prohíbe, lo prohíbe Cristo, y lo que manda, lo manda Cristo. Creemos que lo que él ata sobre la tierra será atado también en los cielos y lo que él desata sobre la tierra será desatado también en los cielos.

* * *

Admirables son los caminos de la Providencia. ¡Cuántos errores, cuántas herejías, hubo ya en la Iglesia durante mil novecientos años! Por decirlo así, cada siglo tuvo su herejía; y es de notar que aun ciertos obispos de Jerusalén, Éfeso, Alejandría, Antioquía —iglesias de origen apostólico —, cayeron en herejía, en cisma. ¡El único que nunca ha vacilado ha sido el obispo de Roma! Si bien la historia levanta su voz de acusación contra la vida privada de algún Papa, porque realmente hubo alguno entre los 263 que no cumplió con la debida dignidad su alta misión, hasta ahora no ha podido probarse que ninguno de ellos se equivocara en la enseñanza de la fe. Pudieron errar en su propia vida; en la fe, nunca jamás.

Por esto todos los católicos escuchan con espíritu de obediencia la voz de Roma; sabemos que al hablar el Padre Santo, nos habla el maestro infalible, que a todos enseña, fieles, sacerdotes, obispos. Sabemos que, al enseñarnos a todos una doctrina de fe, está protegido por la oración de Cristo, Fundador divino de la Iglesia, y está asistido por el Espíritu Santo, para que en sus enseñanzas únicamente pueda decir lo que se funda en la revelación divina y nunca yerre en ellas,

Al navegar desde Nápoles hacia la Isla de Capri, en medio de un mar alborotado, se encuentra una roca, que se levanta como si quisiera lanzarse a las alturas. Esta roca está allí hace millares de años, entre la espuma de

un continuo oleaje. Un enjambre de pequeños barcos la rodea, sin preocuparse siquiera de ella. Buques cargados y orgullosos vapores pasan por allí cerca sin fijarse en ella.

Al verla por primera vez, se me ocurrió: es la imagen de la Iglesia. E1 mar de la vida va zarandeando los pequeños barcos; son las gentes modestas, que viven en torno de la Iglesia, de todo indiferentes. También pasan grandes transportes y buques cargados de rica mercancía: son las gentes capitalistas y ricas de este mundo. Y pasan los vapores orgullosos y magníficos sin fijarse en la antigua roca. Pero pasan los años, pasan los siglos… Y cuando las olas hace ya siglos que han terminado de jugar con los pobres restos destrozados de los vapores orgullosos, en vano asaltan la antigua roca, que está todavía en pie y tiene en su cima *el faro erigido por Cristo. El Papa romano, el Papa infalible*, *sigue mostrando a los pueblos del mundo la brillante antorcha de la fe y de la moral.*

Capítulo III

LA CORONA DE ESPINAS DEL PAPA

¡Qué misteriosas y profundas aquellas palabras con que Jesucristo quiso mostrar el porvenir a Pedro, el primer Papa! *"En verdad, en verdad te digo, que cuando eras más mozo, tú mismo te ceñías el vestido, e ibas adonde querías; mas siendo viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te conducirá adonde tú no gustes*" (Jn 21, 18), ¡Qué extrañas y misteriosas! ¿Las comprendió Pedro? Entonces es probable que no las comprendiera. No veía aún la cruz que el día 29 de junio del año 67 iba a levantarse en la colina vaticana, y en que él, el primer Papa, iba a estar pendiente, con la cabeza hacia abajo, para sellar con su vida la fidelidad a Jesucristo.

Pero lo pensaba el Señor. Pensaba en el martirio del primer Papa y en el de todos los demás. San Juan evangelista no dejó de consignarlo: "*Esto lo dijo para indicar con qué* género de *muerte había Pedro de glorificar a Dios"* (Jn 21, 19). Jesucristo vio muy bien que, en el correr de los siglos, sus mortales enemigos habían de atacar con saña fiera aquella institución precisamente, de cuyo existir depende la suerte de la Iglesia. Vio muy bien que la triple corona, la tiara de los Papas, no sería, en realidad, corona real, sino una triple corona de espinas, que ensangrentarla la frente de sus Vicarios. Al estudiar, pues, en esta serie de capítulos la institución del Papado, no vendrá de más el presente capítulo, que versará sobre la tesis que sigue: *la triple corona de los Papas, propiamente, es una triple corona de espinas.*

"La solicitud de todas las Iglesias"

(2 *Corintios,* 11, 28)

La primera corona de espinas es *el cúmulo de trabajos y deberes que ha de cumplir el Papa por la causa de Cristo,* y que San Pablo expresa con estas palabras: "*... la solicitud de todas las Iglesias*" (2 Cor 11, 28).

A) Se pueden oír acá y acullá observaciones infantiles, ingenuas, respecto de la vida que se da el Papa: Tiene centenares de aposentos en el Vaticano, puede pasearse a sus anchas, come y bebe a su antojo, todo el mundo se inclina ante él, es un "señor asombrosamente grande". Así se lo imaginan los que nunca han visto al Papa.

En cambio, los que conocen su horario, *sus deberes y su labor sobrehumana;* los que saben cuánto madruga y cómo trabaja incesantemente hasta horas muy avanzadas de la noche; los que saben que desde el primero de enero hasta el 31 de diciembre, día tras día, recibe unos 3.000 oficios y manda otras tantas contestaciones; los que saben que constantemente concede un sinnúmero de audiencias a los visitantes que llegan de todas partes del mundo, desde los más modestos hasta los más distinguidos; los que saben a cuántos consejos y juntas asiste y cómo orienta, no solamente la vida espiritual de los 460 millones de fieles católicos, sino que además va allanando el camino para la conversión de los infieles; los que saben todas estas cosas, no envidiarán ingenuamente este "gran señorío" del Papa, sino que Jo mirarán con respeto y admiración, como al primer obrero de la causa de Jesucristo. Verán en el Papa al "siervo de los siervos de Dios", a quien pueden aplicarse, en sentido llano, las palabras de San Pablo, según las cuales pesa sobre su persona *"la solicitud de todas las Iglesias".*

B) ¡Y qué admirable!: *los quehaceres y los deberes van multiplicándose en nuestros días.* Es que su autoridad va creciendo cada vez más en todo el mundo. Notamos con gratitud especial para con la divina Providencia, que cuando en el caos que siguió a la guerra mundial desaparecieron grandes imperios, se desplomaron varios tronos y se quebrantó la fe que los hombres tenían puesta en las divisas, escuelas y filosofías, entonces fue precisamente cuando se oyó más penetrante y robusta la voz de las trompetas de plata que resuenan en la Basílica de San Pedro; y, día tras día, fue creciendo el número de los hombres, pueblos y países cuya atención, esperanza, expectación y homenaje se vuelven hacia el Vaticano, desde donde llega a todas partes el sonido triunfal de las trompetas: *Tú eres Pedro, y... sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (Mt 16, 18).

Con alegría y casi con orgullo vemos cómo, principalmente desde la guerra, crece de un modo incesante y en grado sumo la autoridad del Papa ante el mundo entero. ¡Cuántos millones miran hacia Roma, y cómo escuchan la palabra del Papa! No debemos olvidar, en medio de nuestro

júbilo, cómo va creciendo sin cesar el enorme trabajo que supone para el Papa esta labor orientadora del mundo entero.

¿Quién enfermo, que no enferme yo con él?

(2 *Corintios* 11, 29)

La segunda corona de espinas —más pesada y más dolorosa que la primera— *es el cúmulo de ansiedades que siente por la causa de Cristo* y *el sinnúmero de tristezas y dolores que le ocasiona la persecución que se hace contra el Señor. "¿Quién enferma, que no enferme yo* con él?" —podría repetir el Papa con San Pablo—, *"¿quién es escandalizado que yo no me requeme?"* (2 Cor 11, 29).

Algunas veces nos encontramos con seres cansados, sin humor, que se quejan con tristeza: "¡No puedo más! ¡Tengo tantos trabajos, tantos pesares! ¡Pesa sobre mis hombros una responsabilidad tan tremenda!" Pues, *¿qué ha de sentir entonces el Papa,* ya que debe regentar no una escuela, no un Banco, no un ministerio, no un país, sino la comunidad universal más grande, que cuenta sus miembros no por millares, ni por centenares de millares, sino por centenares de millones, y cuyo campo de acción no se limita a un pueblo, a una provincia, a una región ni a un país, sino que se extiende a todo el mundo, del Oriente al Occidente, del Mediodía al Septentrión?

Diariamente llegan al Papa noticias del estado en que se encuentra la Iglesia en el mundo entero, y de la suerte, próspera o adversa, que tiene en todas partes. Todas y cada una de estas noticias tienen especial resonancia en su corazón paterno. Todas las quejas, todos los dolores y todas las desgracias de todos los países, islas, continentes y aun de las regiones polares, tienen un eco en su espíritu paternal. Cuando se declara guerra sin cuartel a los principios cristianos, cuando se quiere extirpar de las almas con solapada astucia y con mañas arteras la religiosidad de un pueblo, ¿sobre quién descargan los golpes más terribles, sino precisamente sobre el Papa? ¿Cómo calcular el inmenso dolor que hubo de llenar el corazón del Papa a raíz de la inhumana persecución religiosa del Soviet ruso y de la persecución sangrienta de la Iglesia en España y Méjico? Observémosle al recibir a los peregrinos de un país: ¡qué ansiedad, qué compasión, qué amor vibra en sus palabras!

Quien sabe todas estas cosas, *procura mitigarle tanto pesor*; porque es justo que los hijos quieran mitigar las preocupaciones de sus padres.

¿Cómo podemos endulzar los pesares del Papa?

a) Antes que nada, con nuestras oraciones. Oremos por la intención del Papa. ¡Qué hermosa costumbre la de incluir en nuestras oraciones los mil pesares, ansiedades, tristezas de aquel que es Cabeza de toda la cristiandad, "para que Dios le guarde y no le entregue en manos de sus enemigos"!

b) Los fieles pueden mitigar además los pesares del Papa con contribución material. Sé que esto suena extraño en medio de la penuria moderna. Sé cuán difícil es hoy la vida en todo el mundo. Y, no obstante, de todas las partes del mundo se envía al Padre Santo el *dinero de San Pedro.*

¿No es ya muy significativo este nombre? *¡El dinero de San Pedro!* No el "dinero de Benedicto", ni el "dinero de Pío", sino el *dinero de San Pedro.* De ahí nacen las grandes sumas que el Papa invierte... ¿en qué? ¿En su cocina? ¿En su casa? ¿En su vestir?... Ah, no. No lo necesita, porque vive como un modesto religioso. De aquellos óbolos se forma la suma exorbitante con que el Papa suele ayudar a los pobres de todo el mundo, a los que sufren miserias, a los desgraciados y a los misioneros. Por esto, allí, donde existe un amor algo vivo al Padre común de la cristiandad, se procura, por lo menos, ayudarle con un modesto óbolo, pues se le ve cargado con la solicitud de todas las iglesias.

Y no hay que temer por las divisas de la propia nación a causa de estos óbolos. No faltan quienes nos achaquen que estos óbolos rebajan el valor de la propia moneda. Me parece que basta contestar con una sola frase. Yo no sé con toda exactitud la cantidad a que asciende todos los años el dinero de San Pedro. Pero sé una cosa: que no llega ni a la décima parte de lo que nosotros, los húngaros, dejamos salir al extranjero comprando, por ejemplo, naranjas u otros productos de que está falto nuestro mercado nacional.

La persecución del Papa

El Papa tiene, además, una tercera y dolorosísima corona de espinas: *el constante odio y la persecución continua* a que está expuesto el Papado hace mil novecientos años, lo cual no es otra cosa que el cumplimiento de tres profecías de Jesucristo.

¿Qué profecías son éstas?

A) La primera: *Otro te ceñirá y te conducirá adonde tú no gustes* (Jn 21, 18). ¡Cómo se ha cumplido, palabra por palabra, en toda la historia de la Iglesia!

Pasemos revista a la serie de los Papas. En los primeros siglos, el ser Papa equivalía a ser mártir. Hasta Constantino el Grande hubo 32 Papas; 30 de ellos murieron con muerte de martirio, y los dos restantes acabaron su vida en el destierro. ¿Dónde está la dinastía que haya empezado su reinado con treinta mártires? La mayoría de ellas ni siquiera llegó a treinta monarcas.

Pero aun después de Constantino, ¡qué sufrimientos acompañaron la vida del Pontífice! Bastará citar unos pocos datos. Inocencio I y San León Magno son cercados por Alarico y los vándalos. Juan I muere en prisión. Agapito muere en el destierro. Silverio es llevado a una isla, donde perece de hambre. Vigilio es desterrado. Martín I ha de llevar sus cadenas hasta el mar Negro. Sergio I vive durante siete años en el destierro. Esteban III se ve obligado a pedir la ayuda de los príncipes francos. León III es maltratado. León V muere en prisión. Juan X perece estrangulado. Benedicto VI, en el castillo de Sant'Angelo. Juan XIV muere de hambre en la prisión. Gregorio V es desterrado de Roma. Silvestre II, envenenado.

Gregorio VII muere desterrado en Salerno. Pascual II, en Benevento, de pura miseria. Inocencio II es apresado por Rogerio, príncipe de Sicilia. Lucio II es herido en una rebelión. Alejandro II ha de huir de Barbarroja. Lucio III muere en el destierro. Gregorio IX ha de ver cómo destruyen los sarracenos los templos de Roma. Inocencio IV huye de Federico II. Alejandro IV muere desterrado en Viterbo. Bonifacio VIII se ve en manos de Felipe el Hermoso. Con Clemente V empieza la prisión de Aviñón, que dura setenta años. Urbano VI ha de ver el gran cisma. ¡Y después siguen las tristezas de la Reforma!

Bajo Urbano VIII se desmanda el jansenismo; bajo Alejandro VII, el galicanismo; bajo Inocencio XI, el *Rey Sol;* Clemente XI y Clemente XII han de aguantar las ofensas de los monarcas de Nápoles, Madrid, París y Viena. Benedicto XIV (el Papa más sabio) ha de sufrir el sarcasmo de Voltaire. Clemente XIII y XIV han de presenciar la persecución de los jesuitas. Pío VI se ve obligado a huir a Venecia. Pío VII, a Fontainebleau. Pío IX, a Gaeta. Durante el pontificado de León XIII se desata el *Kulturkampf,* "la guerra de cultura" alemana. San Pío X muere entristecido por la infidelidad de Francia y por el modernismo. Pío XI vive amargado por la persecución de la Iglesia en Rusia, en Méjico y en España... *Otro te*

ceñirá y te conducirá adonde tú no gustes... ¡Cómo se cumplen las palabras del Señor!

B) Y se cumplió también otra profecía: *Simón*, *Simón, mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo* (Lc 22, 31). Cuando Satanás vio que el trono del Pescador estaba firme aun en medio de los mares de sangre, que amenazaban imponentes, y que estaba en pie aun después de las revoluciones, de las herejías y de tos destierros, cambió su táctica por otra mucho más peligrosa: llegó hasta la misma roca del Papado cuando, en los siglos IX y X, sobre la sede de Pedro estaban sentados hombres ciertamente no los más a propósito para que la Iglesia floreciese con flores de santidad e ímpetus de vida. La institución del Papado hubiese tenido entonces que derrumbarse por fuerza, no entre oleadas de sangre, ni en medio del bramar de las herejías, sino en la calma corrosiva de dichos siglos. Esta roca de granito ni siquiera se conmovió.

"Satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo." Varias veces se han repetido en la historia la escena más triste de la Sagrada Pasión: la traición de uno de los apóstoles. Otra institución cualquiera se hubiera derrumbado irremisiblemente. Pero ésta, si no fue creada por Dios en el día de la Creación, fue llamada a la vida por la palabra especialísima y creadora del Hijo de Dios: "Tú eres Pedro…".

"Satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo." La historia de la Iglesia es un continuo luchar de terribles persecuciones, interrumpidas por cortos intervalos de paz. El monarca más poderoso de Europa, Federico Barbarroja, pone cerco a Roma, y no parece sino que va a acabar realmente con el Papado, falto de humana ayuda y sin posible salvación. Mas ved ahí que los campamentos formidables que circundan a Roma se encienden en espantosas hogueras. ¿Qué ha pasado? ¿Es que pretenden poner fuego a la ciudad? No. La peste se ceba en el campamento, y están quemando los cadáveres de miles y miles de soldados. Ya no bastan las hogueras, y por millares son llevados los muertos a la orilla del mar y arrojados al agua. Poco tiempo después llega Federico Barbarroja con los pies descalzos para hacer penitencia...

El sultán Saladillo envía el siguiente mensaje a Pío II: "Voy a Roma; pienso transformar en mezquita la Basílica de San Pedro." El Papa contesta: "La nave puede ser agitada por la tempestad; pero no se hunde." ¡Y no se hundió!

¿Han servido estas lecciones a las generaciones que siguieron? No.

Napoleón despreció las amenazas del Papa, burlándose de Pío VII y exclamando con altivez: "¿Se cree por ventura el Papa que esa excomunión hará caer las armas de las manos de mis soldados?" Mas llegó lo de Moscú —¡fuego..., nieve..., hielo..., hambre!—, y las armas, en el sentido más obvio de la palabra, se caían de las manos yertas de los soldados, que se morían de frío. Y llegó Waterloo y Santa Elena. Sólo queda en las páginas de la historia, como algo que fue para no ser más, el recuerdo de aquel emperador. *El Papado, en cambio, está en pie, y el Papa sigue ostentando su triple corona de espinas en la cabeza,*

C) Está en pie porque el Señor hizo una tercera promesa, y también ésta se cumplió: *Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (Mt 16, 18).

a) Se ha cumplido en el pasado, y *b),* se cumplirá también en el porvenir.

a) La promesa de Cristo se ha cumplido en el pasado.

¿No confites la fábula del león enfermo?

El león, enfermo, estaba echado dentro de su cueva. Los animales fueron a visitarle uno tras otro. La zorra también fue; pero se detuvo a la entrada, sin querer pasar.

— ¿Por qué te quedas fuera? —le preguntaron.

—Las huellas me espantan —contestó—. Veo que entrar..., sí, han entrado ya muchos animales, pero ninguno ha vuelto.

Esta es la fábula; y es claro que el archiduque Rodolfo aludía a ella cuando, al ser instigado para que atacase al Papa y a la Iglesia contestó solamente:

— ¡Las huellas me espantan!

Y la Historia da en esto la razón al archiduque.

Hace mucho tiempo que no existe ya la Roma pagana y que se hundió para siempre el altar de Júpiter capitalino, y no queda más que un recuerdo de los emperadores y de los reyes que declararon al Papa guerra sin cuartel; pero vive, y florece, y brilla cada vez con mayor fulgor la institución del Papado. La tumba del pescador de Galilea viene siendo, hace ya mil novecientos años, fuente de vida y de eternos valores inagotables. Se ha cumplido siempre la verdad palmaria de aquel adagio francés: *"Qui mange du Pape, en meurt",* "Quien come del Papa, muere".

¡Cuántas cosas han visto y han vivido los Papas en sucesión interminable! Han visto cómo el odio de los emperadores romanos se

cebaba en la joven Iglesia..., y vieron cómo se anegaban en su propia sangre la mayor parte de los perseguidores.

Han visto pasar bajo el arco triunfal de Tito a las mesnadas germanas, rubias y victoriosas, atónitas ante la pompa de Roma, que miraban con ojos azules y pasmados..., y vieron también la muerte de los jefes germanos y oyeron las marchas fúnebres de sus guerreros, que les acompañaban a la tumba.

Han visto a Carlomagno resplandeciente, con majestad imperial, y vieron también el fin de los Carolingios.

¡Cuánto ha luchado la Iglesia con los Hohenstaufens, *y* cómo, al fin, llegó a ver la cabeza rubia del último Hohenstaufen rodar bajo el hacha del verdugo!

Han visto surgir y desaparecer múltiples dinastías sobre los tronos de Europa. Han visto el surgir de los Carolingios, de los Capetas, de los Valois; de los señores sajones, daneses y normandos de Inglaterra; de las familias de Plantagenet, Lancaster, York, Tudor y Estuardo. Han visto el surgir de los jefes mongoles y de los zares de Rusia; han visto a los Romanov y Gottorpos. Han visto a los Arpades, a los Anjous, a los Habsburgos, a los Orleáns, a los Angulemas, a los Borbones.

Han visto al *Rey Sol* en medio de su pompa; pero oyeron también las palabras que un gran orador, Massillon, pronunció cabe el féretro de aquel monarca: "¡Hermanos, sólo Dios es grande!"

Han visto centellear la gloria de Napoleón, y la vieron extinguirse poco a poco.

Y no fue la fuerza de las armas lo que sostuvo a la Iglesia. Tras de ella no hay cañones ni hay bayonetas; únicamente una promesa divina que flota sobre ella, y es la palabra de su Fundador: "Las puertas del infierno jamás prevalecerán."

b) La promesa de Cristo se cumplirá también en el porvenir.

— *¿Llegará un día en que perezca el Papado*?—, es la pregunta que tal vez alguno nos pudiera presentar. Nosotros le contestaríamos, de acuerdo con todos los que saben estudiar la Historia: No parece que esté en vías de perecer. En el pasado pudo resistir todas las herejías, todos los cismas, todas las revoluciones e intrigas humanas; en nuestros días crece a nuestros ojos y se va robusteciendo.

Cuanto más espantosamente zarandean a los pueblos las olas agitadas de un mar rugiente henchido de negros presentimientos y amenaza

desplomarse sobre el mundo un trágico porvenir, con tanta mayor y más anhelante confianza levantan éstos el clamor de su mirada hacia el único punto firme que no tambalea, hacia la única luz que sigue luciendo impávida en medio del cataclismo, hacia el único poder que se mantiene firme.

Los que saben estudiar la Historia se ven obligados a meditar en la fuerza misteriosa que, burlando todos los cálculos de probabilidades, y aún en medio de tronos y reinos derrumbados, levanta a lo alto, con hermosura incontaminada y con fuerza de atracción siempre creciente, el solio pontificio.

Si podemos hablar de milagros en la Historia, hemos de llamar milagro a esta firme institución del Pontificado, que permanece cuando todo se derrumba, y no precisamente en la calma del Oriente, que hasta ahora ha gozado de cierta inmovilidad, sino en medio de las continuas mudanzas y agitaciones del espíritu europeo.

Seguramente que pensaba todas estas cosas el famoso historiador anglicano MACAULAY cuando escribió las siguientes palabras, de perenne hermosura: "¿Cuál es la institución existente todavía, exceptuada la Iglesia católica, que haya sido testigo de aquellos tiempos en que aún se levantaba del Panteón el humo de los sacrificios y en que leopardos y tigres rugían en el anfiteatro de Flavio? Las casas reales más orgullosas datan de ayer si se las compara con la serie de los Papas. La república veneciana fue en esto la que más se acercó al Pontificado. Pero la república veneciana, muy poca cosa puesta en parangón con el poder de los Papas, desapareció para siempre, y el Papado subsiste. Y subsiste no en decadencia o como un resto anticuado de los tiempos que fueron para no volver, sino rebosando vida y fuerza de juventud. Y no hay el menor indicio de que se acerque el fin de este largo reinado de la Iglesia católica.

"Esta Iglesia vio el origen de todas las formas de gobierno e instituciones religiosas que hoy existen en el mundo, y no estamos seguros de que no esté llamada a ver también el fin de todas ellas. Esta Iglesia era ya grande y respetada antes de poner el pie los anglosajones en la tierra británica y antes de pasar los francos el Rhin; y era grande y respetada cuando en Grecia resonaban todavía los acentos de la elocuencia clásica y en el templo de la Meca se adoraban ídolos paganos. Y puede ocurrir que se mantenga en pie, con vigor de lozanía joven no menguada, cuando un día algún viajero de Nueva Zelanda, en medio de un desierto, se apoye en

una columna derrumbada del puente de Londres para dibujar las ruinas del templo de San Pablo" ([2]).

Es la trasposición al lenguaje de un historiador de estas palabras eternas de la Sagrada Escritura: "Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella."

* * *

Lo que traiga en su seno el porvenir, ¿quién podrá decirlo sino Dios, que lo sabe todo? ¿Llegará un día en que el Pontificado vuelva a recobrar todo el brillo y poder que tuvo en la Edad Media, o vendrán tiempos en que el Papa será pobre otra vez, tan pobre como Pedro, y errante y sin patria tendrá que predicar a Cristo? No lo sabemos.

Pero una cosa sabemos ciertamente.

Sabemos que habrá Papa mientras viva un hombre sobre la tierra.

¿Cómo lo sabemos?

Porque, sencillamente, mientras haya un hombre sobre la tierra, éste tendrá corazón humano con hambre de lo noble y de lo hermoso, y tendrá inteligencia con hambre de verdad, y tendrá un alma siempre insatisfecha, a quien no podrán calmar ni la radio, ni el avión, ni cualquier otra maravilla de la futura técnica, sino que ansiará a Dios. Y mientras haya sobre la tierra un hombre que ansíe a Dios, tiene que estar en pie la Iglesia católica, que es la única elegida por Dios para comunicarse con el hombre, y tiene que subsistir el Pontificado, es decir, la roca firme en que se funda la Iglesia.

Durante mil novecientos años se rompieron contra esta roca firme los odios más grandes que registra la Historia, y hubo ataques, y guerras, y persecuciones incesantes; pero ella se mantiene firme e inconmovible, viendo el nacer y morir de los siglos y dinastías y el apogeo y la decadencia de las naciones. Sus cimientos más profundos se pierden en lo divino, y no hay poder capaz de llegar a esos cimientos. La mano de Dios, que la defiende, está muy alta para que pueda llegar hasta allí la maldad humana.

La roca sigue en pie y sigue en pie la Iglesia, firme sobre esa roca, Y de esa roca firme, como un faro de eternidad, se alza la antorcha de luz indeficiente que sostienen las manos de Pedro, el pescador. Y por muchos que sean los millares de años que la tierra siga rodando, jamás dejará de resplandecer esa divina antorcha que sostienen las manos del Pontífice,

[2] MACAULAY: *Critical and historical essays.* Leipzig, 1850. Tomo IV, p, 98.

coronado por triple corona de punzantes espinas, hasta que el brillo de esa luz se pierda entre los fulgores del gran día del Juicio final; hasta entonces también, hasta que se pierda entre el sonar de las trompetas angélicas, resonará la voz de Pedro, el pescador, que orienta a los mortales.

Porque son eternas las palabras de Jesucristo: *"Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella."*

Capítulo IV

EL PAPADO EN LA BALANZA DE LA HISTORIA

Si un acatólico quiere ofender mucho a uno que lo es, y le parece llegado ya el momento de clavarle en el corazón un puñal doloroso y afrentoso, es cuando le dice con tono despectivo y un retintín de desprecio: "¡Papista!" Está plenamente convencido de haber tocado en lo más sensible, porque, según él, no puede concebirse vergüenza, humillación y ofensa mayores que escupir a un católico este adjetivo de "papista", que es llamarle adicto al Papa.

Así, los hombres de cabeza huera. Así, los que no tienen ni siquiera idea de lo que es la Historia, pues quien conozca —aunque sea a grandes líneas— la Historia universal, sea cual fuere su religión, tanto si es judío como si es mahometano, no podrá negar su respeto al Pontificado, a esta soberana institución que ha trabajado como nadie por la cultura espiritual y material, por la justicia y el derecho.

Es verdad que nosotros, católicos creyentes, no vemos en esto el mayor mérito de los papas. Nuestra gratitud y amor al Pontificado es, en primer lugar, por haber conservado pura y transmitido sin adulteración la doctrina de Jesucristo, y por ser la "piedra" sobre que descansa inconmovible la verdadera Iglesia. Sí; éstos son los principales motivos de nuestro entusiasmo y agradecimiento.

Sin embargo, no estará de más examinar también los grandes méritos del Pontificado, que la Historia reconoce, en pro de la cultura y del bienestar humano, a fin de hacer más vivo aún por este medio nuestro amor y respeto a la persona del Pontífice. No estará de más en el presente capítulo que miremos al Papa con ojos meramente humanos, pesando sus méritos o deméritos en la balanza de la Historia, y que nos propongamos esta cuestión: ¿desde el punto de vista simplemente humano, resulta realmente vergonzoso el que se nos llame "papistas", o más bien podemos decir con santo orgullo: "¡Gracias a Dios, soy papista!"?

En esta exclamación habremos de prorrumpir ciertamente si examinamos con detención *los méritos que se granjearon los Papas al propagarse: primero, el cristianismo, y segundo, la cultura.*

Los Papas y el cristianismo

A) ¿Para qué sirven los Papas? Esta es la cuestión que vamos a dilucidar. Los mal intencionados se atreven a contestar de esta manera: "Los Papas sólo sirven para tiranizar y esclavizar al mundo, sujetándolo a sus caprichos." No tienen razón al afirmar tal cosa. Si existe el

Pontificado es *para darnos a Cristo,* Para anunciar al mundo la feliz nueva de la redención y comunicar a los hombres la gracia redentora.

Por esto se fue Pedro a Roma, para predicar a Cristo; por esto murió. Por esto los Papas enviaron misioneros por todo el mundo, para que predicasen a Cristo. Por esto llegaron a enfrentarse con los poderes de la tierra y a luchar con ellos, y tuvieron que cortar y expulsar de la Iglesia, por esto solamente, para defender la doctrina de Jesucristo. Por eso consintieron este brillo exterior, que les circunda, y el homenaje rendido a sus personas, para mejor servir a la propaganda del reino de Jesucristo.

Siempre han recordado los Papas con emoción la triple confesión del amor de Pedro, tras la cual fue investido por Cristo de soberano poder: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos?* —fue la pregunta del Señor. Y Pedro contestó: *Sí, señor*, *tú sabes que te amo.* Entonces le dijo Cristo: *Apacienta mis corderos* (Jn 21, 15). Segunda y tercera vez hizo Cristo repetir a Pedro esta confesión de amor, y por segunda y tercera vez le repitió su encargo. ¿Cómo olvidar los Papas que precisamente *por amor* recibieron su poder triunfador del mundo: que deben pregonar el amor, la paz, la bendición, la buena nueva de Cristo a toda la humanidad: que por encima de toda maldad, de todo odio y toda enemistad humanos han de hacer triunfar el amor intenso, abnegado, heroico de Jesucristo?

B) Si queremos resumir en una sola frase la historia veinte veces secular de los 263 Papas, podríamos hacerlo con estas palabras del divino Salvador: *Apacienta mis corderos*, *apacienta mis ovejas*. Todos los Papas, Vicarios de Jesucristo, han cifrado su deber en estas palabras.

¡Y cuánto han hecho los Papas y sufrido por la grey de Cristo! Las persecuciones del primer siglo se abalanzan sobre la grey para destrozarla. ¿Dónde está el pastor? El pastor mercenario hubiese huido; pero el buen pastor está junto a su grey. Los Papas, permanecen con su grey en las

catacumbas subterráneas, confirmándola en la fe y yendo con los mártires al suplicio, para dar testimonio de Cristo con la sangre de su corazón. Leamos la lista de los Papas, que ciertamente nos sorprenderá: "Pedro, Lino, Cleto, Clemente, Evaristo"…, tras el nombre de todos ellos la palabra "mártir", "mártir". Sigamos leyendo: "Alejandro, Higinio, Pío, Aniceto, Sotero, Eleuterio, Víctor"..., y tras el nombre de todos ellos la palabra "mártir", mártir". Veintinueve veces se repite el asombroso estribillo: "mártir", "mártir". Realmente, el Pontificado ha sido siempre la fuerza, el aliento y el corazón del cristianismo.

b) Y siempre, desde los años primeros de nuestra fe, ha sido el Pontificado faro esplendente que ha señalado las rutas, y *por todas partes va dejando la navecilla de Pedro estela de bendiciones.* Así lo afirman ya diecinueve centurias. Roma es el punto de partida y el centro de la fe y de la cultura cristianas. ¡Cuántas veces se ha repetido en la historia de los Papas la escena de San Pedro al caminar por la superficie del mar alborotado y empezar a sumergirse! La historia registra muchos tiempos que fueron alarmantes para la Iglesia. Recordemos una época de negros presentimientos, la de la herejía arriana, en que sólo el Papa y unos pocos creyentes se mantuvieron fieles a la fe en la divinidad de Jesucristo; casi todo el mundo se volvió arriano. Leamos las persecuciones arteras de Juliano el Apóstata. Repasemos la historia de los cismas, de las revoluciones, del despotismo de Napoleón... Siempre, cuando ya parece que las olas van a cerrarse sobre la cabeza del Pontífice se ha repetido al final de la escena de Jesucristo con Pedro: *Y al punto, Jesús, extendiendo la mano, le cogió y le dijo*: *Hombre de poca fe, ¿por qué has titubeado?* (Mt 14, 31).

El que se haya guardado incólume durante mil novecientos años la doctrina de Jesucristo, debe ser asentado en el *haber* de los Papas. El que la incesante labor de los misioneros haya conquistado continentes y el mundo entero para Jesucristo, es mérito de los Papas. "Si la propagación del cristianismo es un mérito —así escribe el protestante Herder ([3])—, a los Papas les cabe gran parte de este mérito." El que Europa no haya sido definitivamente presa de los hunos, sarracenos, tártaros y turcos, es, en primer lugar, mérito de los Papas.

C) Un pensamiento extraño nos ocurre: *¿Qué sucedería si Cristo apareciese de nuevo sobre la fierra y fuese al Vaticano? ¡Ah, sí! ¿Qué sucedería? ¿Qué haría Cristo?* Si pasara revista con su mirada omniscente

[3] *Ideen zur Philosophie der Geschichte,* II, 350. *(Ideas para la filosofía de la Historia.)*

a la vida de los 263 Papas, ¿también encontraría sombras y debilidades humanas? ¿Sombras y flaquezas en aquellos que sí bien fueron enaltecidos a la principal dignidad eclesiástica, no obstante, no dejaron de ser hombres? ¿Las encontraría?

¡Ah, sí!

¿U su mirada divina no se entristecería a veces y no brillaría con fulgores de relámpago?

¡Ah, sí!

Y, no obstante... Aun con la medida más estrecha, ¿a cuántos de los 263 Papas pueden achacárseles la negligencia de su deber, una mundanización excesiva o graves defectos morales? Quizá, cuando mucho, a seis o siete Papas. Todos los demás han sido íntegros, de gran carácter; muchos de ellos, mártires y santos canonizados.

Si el Señor —que conoce tan profundamente las debilidades propias de la naturaleza humana, cual nunca las podrá conocer filósofo o historiador alguno, y penetra hasta lo más recóndito de las leyes que presiden el desarrollo de la historia— pasase sus divinos ojos por toda la sucesión de los Papas, viendo que la vital energía de aquel pequeño grano de mostaza, sembrado por El, dio tantas hojas y flores y ramas magníficas en el árbol corpulento de la Iglesia, y dirigiese al actual Pontífice Pío XII —"Pedro" de hoy— aquella pregunta que dirigió a San Pedro, por quién le tienen los hombres, y el Papa, postrándose de rodillas, le repitiese las palabras inmortales: "Tú eres Cristo, Mijo del Oíos vivo"..., ciertamente, repito, no hablaría palabras de condenación contra el Pontificado, ni tendría graves objeciones que dirigirle, sino que ciertamente repetiría las palabras que dijo a Pedro: "Bienaventurado eres, Pío, porque mi Iglesia descansa con firmeza en ti..."

Este es el gran valor histórico de los Papas: sobre ellos descansa la Iglesia de Jesucristo.

Los Papas y la cultura

Todo lo dicho respecto a los méritos del Pontificado no se cotiza sino entre los que aman al cristianismo, y a precian su valor, y lo consideran como la mayor bendición de la humanidad. Pero en la balanza de la historia hay otros méritos que fuerzan aun a los no cristianos a mirar al Papa con el más profundo de los respetos.

Solamente los analfabetos, que desprecian la historia de la cultura, pueden fácilmente dictaminar y dar fallos condenatorios sobre la indignidad de tal o cual Sumo Pontífice. Me parece mejor dar crédito al célebre historiador acatólico Gregorovius, que escribió de esta manera: "La historia no dispone de bastantes títulos distintivos para marcar siquiera aproximadamente las hazañas y la gloria imperecedera de los Papas..."

¿Cuáles son los grandes méritos culturales de los Papas?

Los que se granjearon A) *en el campo de la cultura,* B) *de la verdad y* C) *en la propagación y defensa del derecho.*

Vuelvo a insistir en que para nosotros, los católicos, no son éstos sus principales méritos. El mérito principal estriba en que son ellos el fundamento roqueño de la Iglesia de Jesucristo. Pero no juzgó superfluo pasar breve revista a sus méritos históricos, a fin de que se haga más y más consciente nuestro respeto al vicario de Jesucristo en la tierra.

A) Necesitaríamos muchos tomos para esbozar siquiera *lo que debe la cultura* —tanto espiritual como material— a los Pontífices de Roma.

a) Antes que nada tendríamos que referir *toda la historia de la conversión de los pueblos.*

El Pontificado es un gran poder que se extiende al mundo entero, y, sin embargo, no tiene cañones ni ametralladoras. ¡Y cuán aprisa conquistó el mundo!

Habló al romano altivo, dominador de cien pueblos, y éste inclino su frente delante de Jesucristo.

Habló al pueblo griego, educado con la filosofía de Platón y de Aristóteles, y el pueblo griego bajó su cabeza y abrazó la nueva ideología y las nuevas normas de la vida cristiana.

Habló a las tribus bárbaras que asolaron a Europa, y también ellas inclinaron su dura cerviz al yugo de Jesucristo. Y por todas las partes en que apareció la cruz, un nuevo mundo moral, social y político surgió sobre el mapa de los pueblos: tribus diseminadas se unieron en estado organizado; pueblos nómadas y briosos se trocaron en pacíficos cultivadores de la tierra, de la ciencia y de las artes.

Sólo el Pontificado pudo conseguir, mediante la unidad en la fe y en la moral, aquella unidad de pensamiento y de voluntad, aquel ennoblecimiento de los corazones y espíritus, que ha sido el fundamento, el más sólido fundamento, de nuestra cultura occidental, de que estamos tan orgullosos.

b) Pero, además de esta conversión de los pueblos, tendríamos que mencionar *aquella sin par magnificencia y aquel gesto de Mecenas*, *no superado por institución alguna, con que los Papas lograron dar impulso a las ciencias y a las artes.*

Todo el que visita a Roma se encuentra a cada paso con edificios, estatuas, surtidores magníficos, que erigieron los Papas. Los que han visto las salas admirables del Vaticano y sus muscos repletos de incomparables tesoros artísticos, y han estado unas horas en la inmensa biblioteca o en el archivo del Vaticano, no necesitan mucha explicación para darse cuenta de lo que debe al Papado la más noble cultura humana.

Cualquier sencillo manual de historia del arte pregona con elocuencia las alabanzas de los grandes protectores de Bramante, Rafael, Miguel Angel, Bernini, Maderna es decir, las alabanzas de los Papas.

Quien visite el museo de antigüedades del Vaticano notará con sorpresa que los fundamentos de todo nuestro saber y nuestra formación clásicos fueron salvados de la destrucción por los museos del Vaticano. Lo que todos conocemos en simple reproducción por los libros de texto de segunda enseñanza, podemos verlo allí en su original: el grupo de Laocoonte, Ariadna que duerme cubierta por una túnica magnífica de bellos pliegues, el Apolo del Belvedere, la estatua de Zeus de Otricol y otras muchas obras primerísimas del arte antiguo.

Con derecho enumera Pío XI en su Encíclica "Deus scientiarum Dominus", dada en el año 1931, toda una serie de Universidades que deben su existencia al Papado. Muchos se extrañarán al oír que fueron los Papas quienes fundaron las siguientes Universidades: las de Bolonia, París, Oxford, Salamanca, Tolosa, Roma, Padua, Cambridge, Pisa, Perusa, Colonia, Heidelberg, Leipzig, Montpellier, Ferrara, Lovaina, Basilea, Cracovia, Vilna, Graz, Valladolid, Méjico, Alcalá, Manila, Santa Fe, Lima, Guatemala, Cagliari, Lemberg, Varsovia.

B) Y no es menor el mérito de los Papas en punto a *la propagación y defensa de la verdad.*

a) La solución de los problemas temporales y terrenos depende siempre del concepto que tengamos de las cosas eternas. Política, educación, vida social, vida jurídica y moral están en relación con la respuesta que demos a las cuestiones últimas. Mérito inmarcesible de los Papas es *el haber educado en una fuerte, segura y unificada tradición cultural al Occidente cristiano,* por medio de la conservación intacta de las verdades religiosas.

Siempre fueron los Papas quienes pregonaron y defendieron en este mundo la primacía del espíritu sobre la materia, la del alma sobre el cuerpo, la de la moral sobre el interés, la del derecho sobre el poder, la de la justicia sobre la contemporización. ¿Ya quién se le escapa que al compás de estas verdades se mantiene firme o se desmorona la vida humana, social y colectiva, y también personal? ¿Quién no ve que por defenderlas el Pontificado se ha convertido en el primer factor cultural de la humanidad?

b) Por los gritos de socorro que lanza la humanidad al perseguir desenfrenadamente las falacias de los conceptos erróneos hemos llegado a saber el valor cultural del Pontificado en la propagación de la verdad.

Todos los planes y deseos y el ser del hombre antiguo se unían estrechamente con lo sobrenatural. El hombre moderno quiso romper las ataduras de aquella unión, creyó que se bastaba a sí mismo y que el sólo podía redimirse. Mas, después de incesantes sacudidas sociales y de continuas revoluciones, hoy vuelve a reconocer que aun para la recta ordenación de la vida natural y terrena, la única garantía firme está en el acatamiento humilde del orden sobrenatural. Únicamente la concepción del mundo, pregonada por los Papas desde hace mil novecientos años, puede allanar contrastes y hacer cesar las incertidumbres, y dar respuesta satisfactoria a los múltiples problemas de la vida.

Si los Papas no hubiesen hecho otra cosa más que levantar la antorcha de la verdad, ello debiera bastar para considerarlos como los bienhechores más grandes de la humanidad.

C) Pero también *se han granjeado méritos insignes en la defensa del derecho.*

a) Rafael, el gran pintor de fama mundial, dejó, entre sus frescos del Vaticano, uno magnífico sobre el encuentro de Atila con el Papa León I. El ejército devastador de los hunos avanza desde Venecia hacia Roma, y amenaza con barrer todo el mundo civilizado. En la urgente necesidad, el Papa León sale al encuentro de Atila para pedirle un poco de piedad. Este encuentro de capital resonancia tuvo lugar en Mantua en el año 452. En el fresco de Rafael se puede ver junto al Papa a un anciano encanecido (San Pedro), quien amenaza con la espada desenvainada al príncipe destructor.

En un cuadro simbólico, que señala muy bien *la valentía inconmovible* con que los Papas levantaron siempre su voz en defensa del derecho. En esta defensa del derecho pensaría seguramente el renombrado

publicista francés Veuillot al escribir: “Privad al mundo de Pedro y vendrá la noche, una noche en que se forme, crezca y suba al trono... Nerón.”

Los Papas no solamente publicaron la doctrina de San Paulo, sosteniendo que el poder legal del Estado se mantiene por la gracia de Dios (Rom 13, 1), sino que se esforzaron en publicarla frente a los excesos estatales. Los Papas condenaron por una parte aquella forma de soberanía popular que hace derivar todo poder del pueblo; pero también condenaron la doctrina de la omnipotencia estatal, que hace dimanar todo poder del Estado. Nunca han cesado de enseñar los Papas la relación que existe entre el derecho y la moral; con ello impidieron que las cuestiones jurídicas fuesen transformadas en cuestiones de poderío. El derecho es lo que es justo; pero que sea justo lo prescriben las leyes eternas de Dios y no el capricho humano. Por tanto, el que ama a Dios, respetará también el derecho; el hombre religioso es, por ende, el mejor ciudadano.

Pregonando y defendiendo tal modo de pensar, los Palias rindieron un servicio relevante al derecho. En las crisis más grandes de la vida de los pueblos no se descuidaron los Papas en levantar su voz en defensa de una autoridad superior, de los deberes sociales y del orden jurídico, echando los cimientos de una vida social digna del hombre. “En la Edad Media — dice el renombrado historiador Leo Henkik, que no es católico ([4]) — los verdaderos baluartes de la libertad política fueron los Papas.” Y, sin embargo, esta gallarda postura les ha costado tantos sacrificios y sufrimientos que casi todos los Papas habrían podido decir lo que dijo Gregorio VII antes de morir: ‘Amé la verdad y odié la iniquidad; por eso muero en el destierro.”

Por tanto, si Gkegorovius, el célebre historiador de Roma, que tampoco es católico, pudo escribir: “La religión cristiana ha sido el único baluarte contra el cual se estrelló el oleaje de los pueblos bárbaros”, ciertamente que no será difícil el comprender esta otra aserción suya; “El respeto que los pueblos del Medioevo mostraban a la ciudad de Roma era ilimitado.” Sí, era ilimitado porque la humanidad encontraba en el Pontífice la mejor garantía de un juicio sereno y justiciero.

b) Hoy día también son muchos los que atacan al Papa. ¿Por qué? ¿Les duele la fe cristiana? No. *Le atacan porque el Pontificado es el principal representante de los principios de autoridad.* Siempre ha sido éste el primer móvil de los ataques al Papa. Las escuelas disolventes han

[4] *Geschichte des Mittelalters,* II, 19. *(Historia del Medievo.)*

sentido muy bien que el Pontificado propiamente es el único baluarte con que se debe contar en serio.

Para comprender debidamente lo que el Pontificado significa para la cultura y para la humanidad, hemos de pensar adonde habríamos llegado sin su ayuda. ¿Qué se habría hecho de Europa si le hubiese faltado esta poderosa defensa de la cultura, de la verdad y del derecho; si le hubiese faltado este pregonero de la primada del espíritu y este representante vigorosísimo del respeto a la autoridad?

No soy yo quien lo afirmo, sino el renombrado discípulo de Kant, Herder, quien en su libro intitulado *"Ideen zur Philosophie Geschichte der Menschheit*", *"Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad",* escribe: "El que los hunos, sarracenos, tártaros, turcos y mongoles no se hayan tragado quizá para siempre a Europa es obra del Pontificado. Sin la jerarquía romana, probablemente Europa se hubiese convertirlo en presa de los déspotas, escenario de reyertas continuas o en desierto mongólico."

* * *

Permitidme, amados lectores, que repita la pregunta: ¿Hemos de avergonzarnos si hombres incomprensivos nos llaman con desprecio "papistas"? ¿Es motivo de vergüenza para nosotros el que nuestra fe se apoye en la roca de una institución tan incomparable? O ¿es más bien motivo de vergüenza el que algunos ni siquiera tengan noción de los hechos históricos para siempre memorables, por los cuales el Pontificado ha merecido la gratitud eterna de todo hombre culto?

Difícilmente podría resumirse lo que al Pontificado debe la humanidad. Le debe que la fe de Cristo nos haya llegado incólume, intacta. Le debe que la moral cristiana sea pregonada íntegra y sin contemporizaciones. Le debe que el reino de Cristo se haya extendido. Le debe toda la cultura, las artes, las ciencias cristianas. Le debe la gratitud por vigilar y guardar con tesón los tesoros más valiosos, que son su riqueza y ornato: la vida de familia, la educación, la justicia mutua.

Precisamente, en los últimos decenios la mirada de la humanidad se ha vuelto con frecuencia hacia Roma: en el diluvio de sangre de la guerra y en el mar de miserias de la postguerra. Como roca por encima de las olas, se yergue hacia las alturas el solio pontifical, robustecido con autoridad redoblada, en medio de un mundo en que se han hecho astillas tronos seculares y al parecer lleva camino de perecer en la falta de autoridad o en

el despotismo de los fuertes. Brilla la tiara papal, cuando a su lado han caído por docenas en el polvo las coronas reales.

Y si la humanidad es tan sobradamente necia que sigue desgarrándose las entrañas y suicidándose, y yendo tras el fuego fatuo de filosofías seductoras y de divisas falaces, sigue disipando locamente los mejores tesoros y valores espirituales reunidos en la antigüedad, aun así, en medio de los escombros caóticos de una sociedad desmoronada y de culturas hechas polvo, *estará en pie y se lanzará hacia las alturas la institución del Pontificado, como están y aún descuellan las pirámides de Egipto sobre las capas de arena con que las cubrieron los siglos uno tras otro.*

* * *

Amigo lector: Demos gracias al Señor de ser "papistas"... también nosotros.

¡Ave, Roma Santa!

La ciudad eterna arrastra con incesante atracción a los peregrinos. No se puede visitar Roma sin encontrar peregrinos de todo el mundo. Fuera de la Tierra Santa, pisada por las divinas plantas de Jesucristo, y fuera de la patria en que están sepultados nuestros mayores, no hay lugar alguno en toda la redondez de la tierra tan caro a los cristianos como esta santa ciudad.

Pero lo que amamos no es la capital de un antiguo imperio mundial. Ni tampoco nos enardece la ciudad, museo de incomparables tesoros artísticos.

Lo que amamos es la "piedra" que hay en Roma, la roca sobre la cual Cristo edificó su Iglesia. Amamos el corazón que allí late y que transmite la sangre de la vida cristiana a todos los miembros de la Iglesia universal, que se extiende por todo el mundo. Amamos la cabeza que manda y ordena en Roma y que pregona la doctrina de Cristo. Amamos la mano paternal que se levanta en Roma para bendecir al mundo entero.

Ahí está el encanto misterioso y atractivo de la "Roma eterna".

"¡Dios te salve, *Ave, Roma Santa!"*, gritaron con entusiasmos los peregrinos en el año 1300, en el jubileo del primer Año Santo, después de una marcha larga y fatigosa, cuando, al fin, bajo los rayos del sol que se ponía, vislumbraron desde las alturas del Monte Mario la ciudad santa.

¡Ave, Roma santa!, exclama hoy también todo creyente que medite con detenimiento lo que deben a Roma las almas cristianas.

Característica de los fieles católicos ha sido siempre en el mundo entero su adhesión ferviente y amorosa a la Ciudad Eterna. Esto es un hecho tan de sobra conocido que no debemos insistir en él. Más instructivo será, por el contrario, estudiar las causas de semejante hecho y proponernos esta cuestión: ¿por qué nos damos el nombre de católicos *romanos,* es decir, *por qué amamos a Roma tan fervorosamente?*

Nuestra respuesta será doble: primero, *amamos a Roma porque allí late el corazón de la Iglesia,* y segundo, *porque allí vive la cabeza de la Iglesia,*

En Roma late el corazón de lo Iglesia

Decimos, en primer lugar, que somos católicos *romanos* y amamos a Roma porque allí late el corazón de la Iglesia; porque: A), así como esta ciudad sirvió de escenario *al pasado glorioso del cristianismo*, B), *de un modo análogo, sigue siendo hoy la fuente inagotable de energías que son causa de su actual florecimiento.*

A) *El pasado glorioso del cristianismo estuvo unido de un modo inseparable con el nombre de Roma.*

a) Hermosa había de ser también la antigua Roma pagana; pero *¡qué miserable era en ella el alma humana!*

Los romanos distinguidos vivían en palacios de mármol adornados con oro: leían a Homero, Horacio, Virgilio. En el Foro se desbordaba la vida con fiebres de agitación; un templo rozaba con otro...: pero también se abrían las puertas del Coliseo, y el emperador, el político, el guerrero, el escritor, el poeta, el sacerdote y las vestales miraban con la avidez de unos ojos que saltaban de sus órbitas la lucha a vida o muerte de los gladiadores. Y la muchedumbre —unos 90.000 hombres— reunida en el Coliseo aullaba y rugía con indignación cuando los gladiadores se trataban con miramientos o terminaban de luchar rápidamente. Aquellos espectadores querían ver sangre, sangre humana que chorreara durante mucho tiempo. ¡Ellos, los sacerdotes, las sacerdotisas! ¡Ellos, los grandes estadistas! Y si el vencedor miraba hacia el palco imperial pidiendo por la vida de su contrario, que se revolcaba en el suelo, lleno de heridas mortales, el dedo pulgar de la mano del emperador se volvía hacia abajo, con gesto sediento de sangre: no hay misericordia. ¡Mátale! ¡Mátale!

Esta era la Roma pagana.

b) Pero un día se acercó a Roma por una de las vías magníficas un pescador de Betsaida; su nombre antiguo era Simón, pero a la sazón se llamaba Pedro. Por otro camino real los soldados romanos conducían a un prisionero, enviado por Festo, procurador de la Judea; su nombre era Pablo de Tarso. Y al pasar Pedro y Pablo por las puertas de la gran ciudad pagana, dio una vuelta la Historia universal.

La Roma que antes había sido nido y semillero de sensualismo, de juegos de gladiadores, de ídolos paganos, *se trocó desde entonces en punto de partida y en propagadora de una cultura nueva, tan noble y santa como lo fue y sigue siendo el espiritualismo cristiano: Roma fue desde entonces el corazón de la Iglesia.* Y como toda la sangre va al corazón, el mundo entero comenzó su peregrinación a Roma. Es la más antigua ciudad de turismo, a la que corrían los pueblos en nutrido tropel cuando todavía nadie hablaba de tráfico turístico. ¡Era el corazón de la iglesia! Por esto llegó a ser Roma la "Ciudad Eterna". Sí: es eterna. Pero lo eterno en ella es solamente aquello que le viene de Pedro y Pablo.

Desde entonces Roma es un lugar santo para nosotros.

En su Coliseo murieron millares y millares de hermanos cristianos, destrozados por los dientes de leones, tigres, panteras y osos; millares y millares de sacerdotes, obispos, madres, doncellas, niños, ancianos. Murieron por la victoria de la cruz, por la causa de Cristo. De sus tumbas salió la nueva Roma, la Roma santa, la Roma eterna.

B) Roma fue el escenario de los primeros siglos del cristianismo; hoy es la fuente *abundantísima de energías que son causa de su actual florecimiento.*

a) Italia, y dentro de Italia Roma, hace siglos que ejercen una fuerza atractiva sobre pueblos e individuos. Es posible que los cimbros, teutones y celtas fuesen atraídos por ella desde su patria del Norte, nebulosa y fría, únicamente por el calor del cielo meridional, lleno de sol; y es posible que muchos viajeros modernos visiten Italia por sus tesoros artísticos.

Pero podemos afirmar con seguridad que la mayor parte de los trenes expresos y de los largos convoyes de peregrinos que corren hacía Roma no van a la Ciudad Eterna para gozar de su sol y admirar sus tesoros artísticos, sino que, así como en los tiempos antiguos la gente llegaba a Roma para recibir normas jurídicas, políticas, artísticas y económicas, y regresar después con fresco ánimo de trabajo a su lejana patria, de un modo análogo van a Roma los cristianos de hoy. ¡A Roma, que es el centro del cristianismo, para que, *reanimados espiritualmente junto al corazón de*

la Iglesia, puedan volver después con nuevos bríos a los quehaceres diarios y a las luchas de la vida!

Se dice de Goethe que al hacer su célebre viaje a Italia iba a Roma con prisa, casi sin detenerse. Aquello, propiamente, no era ir, sino huir; huir del ambiente estrecho y mezquino, cargado con nieblas de incertidumbre, hacia la luz de una concepción del mundo decidida y de amplias líneas.

Es lo que siente el peregrino romano. Siente cómo rejuvenece espiritualmente; cómo se llena su alma de grandes y edificantes pensamientos al contemplar de cerca los valores absolutos y las medidas de validez eterna.

Los fieles no van a Roma como turistas, sino como peregrinos arrepentidos, como romeros sedientos, como seres débiles que buscan robustecimiento espiritual. Porque el que fuera a Roma sólo para ver arte iría con los ojos vendarlos y se pasearía con el alma encerrada. ¿Qué significan los tesoros perecederos de la Roma artística parangonados con los problemas eternos de la existencia, a los que da respuesta la otra Roma, la Roma santa, la Roma eterna?

b) *No es posible describir; hay que vivir los sentimientos que se apoderan allí de nuestra alma.* Te encuentras junto a la tumba de aquel que platicaba con Jesucristo. Te encuentras en la ciudad en que el Evangelio es predicado incesantemente desde que el primer Papa puso el pie en ella. Te encuentras en la Roma cristiana, fundada no por Rómulo y Remo, como se dice de la Roma pagana, sino por Pedro y Pablo. Allí respiras el aire de Cristo y te compenetras de la acción vivificadora del Evangelio, divina levadura que hizo cristiana al alma pagana, como transformó en templo de los mártires el Panteón de los dioses, en Santa María sopra Minerva el templo pagano de Minerva y en templo de Santa Sabina el templo pacano do Diana.

c) Y en este punto quiero destacar un pensamiento: *Roma se transformó en madre común de todos los cristianos, sin que por ello ninguno de ellos tenga que renegar de su nación.* ¡Sí! Porque al ir nosotros a Roma no vamos con la intención de visitar la capital de Italia, sino de llegar al corazón del mundo cristiano. Sólo así se comprende el hecho peculiar de que los peregrinos que se encuentran en Roma, lejos de olvidar en el colmo de su fervor la propia patria, en ninguna parte piensan en ella con tal piedad ni en parte alguna saben cantar con más fuego el himno nacional como allí, en la ciudad santa y eterna del Cristianismo.

Suscribimos, por tanto, todas las palabras del gran escritor francés De Maistre, que pone este párrafo en su libro titulado *Du Pape, Del Papa:*

"¡Oh, santa Iglesia romana! Mientras puerta hacer uso de mi lengua quiero aprovecharla en enaltecerte. ¡Dios te salve a ti, madre inmortal de la ciencia y de la santidad, *salve magna parens!* Tú has extendido la luz hasta los últimos confines de la tierra dondequiera poderes obcecados no han puesto obstáculo a tu influencia, y muchas veces aun a pesar de ellos. Tú fuiste quien puso fin a los sacrificios humanos, a las costumbres bárbaras e ignominiosas, a la noche de la ignorancia; y donde no han podido llegar tus enviados, allí falta algo de la cultura humana. Tuyos son los hombres eximios. Tus enseñanzas purifican la ciencia del veneno de la independencia y del orgullo, que la hace siempre peligrosa y muchas veces nociva. Tus Papas, dentro de poco, serán reconocidos generalmente como primeros factores de la cultura humana, creadores de la monarquía y unidad europea, guardianes de las artes, fundadores y defensores natos de la libertad ciudadana, destructores de la esclavitud, enemigos de la tiranía, bienhechores del género humano."

En Roma vive la Cabeza de la Iglesia

Amamos a Roma no solamente porque en ella late el corazón del Cristianismo, sino también porque en ella vive la cabeza; en ella vive: A), *el Papa;* B), *nuestro Santo Padre*.

A) *Amamos a Roma porque en Roma vive el Papa.*

a) ¿Y quién es el Papa? ¿Qué piensa de él la Iglesia católica?

Porque lo que piensa de él el mundo lo vemos a cada elección de Papa. La prensa mundial publica grandes artículos, hace combinaciones para adivinar quién será el nuevo Papa, qué se puede esperar de él, que orientación política seguirá... Es lo que piensa el mundo.

¿Y la Iglesia?

Manda celebrar una misa especial para el tiempo de la elección: *"Missa pro eligendo Summo Pontifice",* "Misa para la elección del Sumo Pontífice"; y la oración de esta santa Misa demuestra de un modo magnífico lo que espera del Papa la Iglesia. Repasemos esta oración. ¿Qué Papa pide la Iglesia? ¿Un fogoso espíritu de artista? ¿Un gran constructor? ¿Un gran político, un diplomático? Nada de esto, sino un Papa que por su fervorosa solicitud por nuestras almas —*"pio in nos studio*"— sea siempre acepto ante el divino acatamiento y digno de respeto a los ojos del pueblo.

Así reza la Iglesia por el Papa. Y esta oración la aprendimos del mismo Jesucristo, que en cierta ocasión dijo a San Pedro: *"Simón, Simón; mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo. Mas yo he rogado por ti, a fin de que tu fe no perezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos"* (Lc 22, 31-32).

¡Qué incomparables palabras! ¡Cristo ha orado por Pedro! Cristo ora por el Papa, porque conoce su valor inmenso: la suerte eterna de millones y millones de almas inmortales depende de su infalibilidad, de su fe inconmovible.

De Cristo han aprendido los fieles cristianos a *rezar también ellos por el Papa.* Se consigna de los primeros cristianos que cuando Pedro sufría en la cárcel *la Iglesia incesantemente hacia oración a Dios por él* (Hechos 12, 5).

b) Pero de las palabras de Cristo se deriva aún otra cosa: *aquella obediencia al Papa, incomparablemente sumisa y rebosante de piedad filial,* que ha caracterizado siempre a los pueblos en que hay una vida realmente cristiana. Porque si Cristo encargó al Papa que confirmase en la fe a sus hermanos, es justo que a nosotros se nos ordene que seamos hijos adictos y obedientes del Papa, que así tiene por divina misión guiarnos y orientarnos en nuestra fe.

¿Que nosotros "obedecemos ciegamente al Papa"? Pues sí, señor. Así como todo hombre que no está loco suele obedecer ciegamente a su cabeza, y no a su mano o a su lengua. Porque las manos y pies y cuerpo de la Iglesia somos nosotros, los fieles. La Cabeza es Cristo, y su Vicario es el Papa.

Repasad lo que dice la *Carta a los Efesios* respecto de Jesucristo: *"Ha puesto* (El Padre) *todas las cosas bajo los pies de Él, y le ha constituido cabeza de toda la Iglesia*, *la cual es su cuerpo, y en la cual aquel que lo completa todo en todos halla el complemento"* (Efes 1, 22-23).

¿Quién no sabe que la Cabeza de la Iglesia es Cristo y que el Vicario de Jesucristo en la tierra es el Papa? Amamos a Roma porque en ella habita el Papa, Vicario de Jesucristo.

B) Pero nuestro amor tiene raíces mucho más profundas. No solamente es el Papa la cabeza visible de la Iglesia, su gobernador, sino también el Padre amante de toda la cristiandad, *nuestro Padre Santo;* y esta expresión es justamente la que explica por completo todo el amor tierno que los fieles fervorosos han profesado siempre a Roma.

a) *Los mismos acatólicos se sienten llenos de un profundo respeto y de una emoción muy particular* al encontrarse en una audiencia con el Padre Santo. ¡A cuántos les ha sucedido algo semejante a lo de aquel poderoso ministro de Luis Felipe, rey de Francia, Thiers, que durante su estancia en Roma pidió audiencia al Papa, pero poniendo como condición que, siendo él protestante, no tuviera que arrodillarse delante del Pontífice y besarle la mano. Cuando tal demanda se comunicó a Gregorio XVI, éste contestó sonriendo: "Haga Thiers lo que le pluguiere."

Entró el presidente del Consejo de ministros de Francia, y, al encontrarse delante del Papa, sintió que se apoderaba de su alma un fuerte sentimiento indefinible; se arrodilló ante él y le besó el pie.

El Papa le preguntó en un tono de gran dulzura: "Señor ministro, ¿acaso tropezó usted con algo?"

Y el ministro francés contestó con gran ingenio: "Realmente, todos tropezamos con la grandeza del Papado."

Esto siente aun el no católico al encontrarse frente al Papa.

b) ¿Qué han de sentir, pues, los fieles al pronunciar estas palabras: "Nuestro Santísimo Padre"? ¡Qué nombre más sublime y más piadoso! ¡Cuántas cosas dicen estas tres palabras: *"Nuestro Santísimo Padre"!*

En primer lugar, son palabras de confianza. Tú eres la roca en que descansa nuestra fe. Tú eres el fundamento sobre el cual se levanta nuestro hogar familiar, la Iglesia católica. Tú eres el hombre en que se apoya la bóveda de la Iglesia universal. Tú eres el caudillo que orienta el camino de nuestra alma. Tú eres el corazón que late en nosotros.

Pero son también estas palabras señal de profundo amor. Tú eres el jefe de la gran familia, y todos nos sentimos en casa junto a ti. Tú eres el padre, y tus hijos acuden a ti de todas las partes del mundo. Junto a ti está "la patria de las almas", según llamó Sienkiewtcz a Roma.

No ha habido otro reino en el mundo que tuviera tal variedad de lenguas y tan rica historia; cuyos miembros fuesen tan distintos en cuanto a su exterior, y en cuanto a su formación interior, cultural, como la Iglesia católica. Y toda esa variedad está admirablemente unida en un solo punto céntrico de la Iglesia: el Papa. Él es el supremo legislador, el orientador, la roca, el fundamento, el centro, ¡el Vicario de Cristo!

c) Leamos la descripción de aquella visión sublime que refiere el capítulo LX del profeta Isaías: *¡Levántate, oh Jerusalén! Recibe la luz. Porque ha venido tu lumbrera, y ha nacido sobre ti la gloria del Señor.*

Porque he aquí que la tierra estará cubierta de tinieblas, y de oscuridad las naciones; mas sobre ti nacerá el Señor, y en ti se dejará ver su gloria. Y a tu luz caminarán las gentes y los reyes al resplandor de tu nacimiento. Tiende tu vista alrededor tuyo y mira: todos ésos se han congregado para venir a ti; vendrán de lejos tus hijos, y tus hijos acudirán a ti de todas partes (Is 60, 1-4).

Parece que estamos viendo la escena de *una audiencia general de peregrinos que el Padre Santo concede con motivo de un Ano Santo.* ¡Como si en ella se hubiesen inspirado los vivos colores de Isaías!

Millares y millares de personas llenan con nerviosa expectación las magníficas, y seculares salas del Vaticano; personas venidas de todos los rincones de la Iglesia universal, y como hermanos en Jesucristo, con el alma sumergida en oración, están unas junto a las otras y esperan al Padre común de todos, al Papa. Blancos y amarillos, europeos, asiáticos, egipcios, peregrinos de la india oriental, todos están juntos. Distinta es la lengua, distinto su vestir, otra es la forma de sus ojos, otra es su cultura; pero una es su fe, uno es su Cristo y uno es su Vicario, que ya se acerca con su blanca vestidura, que brilla ya de lejos...; todos se arrodillan y besan la mano del padre que bendice; apenas hay quien no tenga los ojos arrasados de lágrimas. Ahora sienten todos la alegría de ser católicos. ¡Qué santo orgullo el de pertenecer a esta Iglesia universal! ¡Qué tranquilidad la de saber que mi fe descansa sobre la "piedra", sobre aquella piedra en que Jesucristo asentó su Iglesia y a la que prometió que "jamás prevalecerían contra ella los poderes del infierno"!

* * *

Uno de los más célebres caminos de Roma se llama Via Appia. Es un camino triste, bordeado de tumbas que se levantan bajo pinos y cipreses. En un cruce de camino, una pequeña capilla señala el lugar donde, según la tradición, Pedro, que se había librado de la prisión mamertina y pretendía marcharse de Roma, se encontró con Jesucristo ensangrentado y le preguntó, con el alma conmovida: *Quo vadis, Domine?,* "¿Adónde vas, Señor?" A lo que Jesucristo respondió estas bellas palabras inolvidables: "Voy a Roma, para dejarme crucificar una segunda vez." Pedro entonces comprendió a Jesucristo y se volvió a la ciudad, y despreciando a la muerte trabajó por Cristo, hasta que el día 29 de junio del año 67 fue crucificado, con la cabeza vuelta hacia abajo, en el circo de Nerón, no lejos de su tumba actual en la Basílica de su nombre.

El primer Papa dio su vida por Cristo en la ciudad de Roma. En Roma vive hoy todavía el sucesor 263.º de Pedro. Y desde entonces, *ubi Petras, ibi Ecclesia; ubi Ecclesia, ibi Vita aeterna,* "donde está Pedro, allí está la Iglesia, y donde está la Iglesia, allí está la Vida eterna". Estas palabras, de perenne hermosura, del gran obispo de Milán San Ambrosio, no brillan solamente en la cúpula de la catedral de Milán, inscritas con letras doradas, sino que viven también, y de modo prodigioso e indeleble, en todas las almas cristianas.

¿Cómo no comprender por qué afluye a Roma tal muchedumbre de peregrinos cristianos y por qué al vislumbrar por vez primera la cúpula de la grandiosa Basílica de San Pedro prorrumpen en este grito entusiasta: *"¡Ave, Roma santa!"?*

¡Ave, Roma santa! Por debajo de tu suelo cruzan los corredores subterráneos, las catacumbas que guardan las tumbas de los mártires cristianos que supieron dar su vida por Jesucristo. Santos son estos corredores, porque pregonan a voz en grito con sus imágenes bíblicas y sus escenas litúrgicas, pintadas con toscas líneas primitivas y angulosas, que nuestra fe es la misma que la de aquellos mártires y primeros fieles, y porque en estos corredores, empapados de sangre mártir, tiene su raigambre nuestra religión.

¡Ave, Roma santa! En ti se levanta, sobre la tumba de San Pedro, su Basílica.

¡Ave, Roma santa! En ti se halla la Basílica de San Juan con la inscripción católica de su fachada: *"Madre y cabeza de todas las iglesias."*

¡Ave, Roma santa! En ti se yergue el ingente obelisco de la plaza de San Pedro, que pregona al mundo entero: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat",* "Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera".

¡Ave, Roma santa! En ti late el corazón de la Iglesia y en ti vive la cabeza de esta misma Iglesia.

Por esto brota siempre del fondo de nuestra alma la oración que en alas de una melodía enviamos al cielo: "Donde está la tumba de San Pedro y donde late el corazón de Roma, brota de mil labios, en mil lenguas, dulce y fervorosamente, una oración: Guarda, Señor, a nuestro Padre santo, al Vicario de Jesucristo."